

Arturo Aguilar, periodista. 63 años. 35 años como reportero

Reportero fuente policiaca

La Opinión Milenio

Coahuilteca Medios

Arturo Aguilar asegura que nunca se imaginó que los reporteros se iban a involucrar de manera tan dramática y riesgosa cuando el grupo de los Zetas se posicionó en Torreón. “En lo personal no me cabía que se fuera a poner la cosa de ese tamaño”, dice.

En una ocasión, una persona que trabajaba para un medio local, le habló por teléfono para pedirle que le “diera vuelo” a una publicación de una revista nacional. Esa publicación hacía referencia a un empresario fuerte de la región (Carlos Herrera). Arturo se negó.

La misma persona, cuenta Arturo Aguilar, le pidió le proporcionara información de los cuerpos de seguridad pero también se negó. Le pidió nombres, teléfonos de celular, de oficina.

“Esa persona sabía quiénes éramos los que cubríamos la fuente porque trabajaba en un medio. Tenía mi teléfono. Después me buscó por persona para pedirme lo mismo, le dije que no podía”, comenta Aguilar.

Sin embargo, pensó que con el gremio no se meterían y nunca imaginó que llegarían a estar coartados. “Llegó el momento en que prácticamente no trabajamos como debíamos. No podías explayar la nota, no detallábamos la nota. Antes de esos días las informaciones eran más agudas, más trabajadas, más profundas, hasta señalamientos que nos confiaban las autoridades sobre probables responsables”, platica.

Para 2008 y 2009, dice, ya no podían trabajar. Entre los compañeros que cubrían la fuente comentaban la manera más apropiada de abordar y cubrir ciertos temas. Hubo ocasiones, menciona, que en el lugar de los hechos temían por su seguridad.

“Los policías, militares, agentes federales, acudían pero nos percatábamos de que se retiraban súbitamente, veían que el ministerio público actuaba en el lugar, veían que el MP procedía con su labor y los elementos se retiraban, nos sentíamos indefensos. Yo ya no sabía si tenía más miedo de los grupos delictivos o de los agentes de la ley, hubo señalamientos de que participan los elementos de las corporaciones con esas personas”, relata.

Arturo, como muchos compañeros, optó también por retirarse de los hechos. “Tan ponto veía, me retiraba y ya después que el ministerio público amplíe la información”, platica.

Al principio existían contratiempos con su jefe porque le pedían ampliara la información. “La situación no está como para ponerle de más. Nos autorregulamos con el manejo de la información”, dice.

Además, llegó el punto en que enviaban la nota tal cual la querían. “A veces la mandaban directamente a la redacción o enviaban a alguien ‘oye ahí mandan esto’. Marcaban la línea de los periódicos y medios”, refiere Aguilar.

También tenían identificados a los reporteros que cubrían la fuente. Arturo relata que en una ocasión llegó a las celdas municipales a cubrir una información y la persona detenida lo identificó.

“Llegó y me pregunta ‘eres Arturo o Eliseo’. Soy Arturo. ‘Todavía vives en tal lado’. ‘Todavía traes la troca gris, el jettita que traes’. Pensé que el cabrón sabía hasta el día que nació. ‘La troca es la que se ve con madre’. Era una advertencia que me tenía ubicado”, dice Arturo.

“La invitación” CONTADA EN PRIMERA PERSONA

Entre mayo o junio de 2007 tuve una “invitación” a platicar con “ellos”. Nos llevaron a 3 personas. “Vas o vas” era la invitación. Nos contactó la persona que trabajaba para un medio. Me habló y me dijo “no encontré a fulano, tienes que ir tú”.

Era un sábado, le dije, a ver barájamela despacio. Y me dice que estas gentes quieren hablar con aquel, no está aquel, tienes que ir tú. “Todos son reporteros, aquí se trata de que vas o vas. A mí me dices no voy y no importa, pero van a ir por ti”, fue lo que me dijo.

Nos citaron ahí por el bulevar Rodríguez Triana, al sur, en un negocio al público. Llegaron otras dos personas. Nos mantuvieron tranquilos, una hora, tomando un refresco. Ya sabía uno que “nos iban a leer la cartilla”.

Después llegó un vehículo por nosotros y nos llevaron a la carretera Mieleras, había un fraccionamiento en construcción, sábado en la tarde, no había nadie, no había gente. Platicó el que se ostentó de representante, el encargado de la plaza. Ni me fijé, ni me acuerdo cómo dijo que se llamaba. Lo que quería era que la cosa estuviera tranquila.

Fue una advertencia psicológica. Nos platicaban y luego ostentaban el armamento. Uno traía un cabestrillo, le habían dado un balazo, pero la pistola fajada a la cintura. Eran 6 personas. Otro un arma larga.

Nos dio un saludo de parte del patrón. Que venían a trabajar, que no querían problemas con la prensa pero que tampoco querían que la prensa les causara problemas. En esto y aquello hacían ostentación de las armas.

Uno de ellos dijo “de aquí a tal distancia fácil le atino en la cabeza a un pelado”, al buen entendedor pocas palabras. Entendí que fácil me va a atinar si trataba de huir. Nos sentimos temerosos de que ahí fuéramos a quedar.

Nos reprocharon por una situación que se había presentado un día antes. Nos mostraba la información, “esto me causó muchos problemas y por esto uno de ustedes aquí se va a quedar”, nos dijo.

Le dije ‘espéreme señor, nosotros somos reporteros, tenemos un jefe inmediato que es el que decide, que autoriza, modifica, le quita, le pone, resuelve si la publican o no. No maten al mensajero’. ‘Quién es su jefe’, me preguntó y ya le dije. ‘Esta es la única y última que les voy a pasar’, dijo. Y díganle a sus jefes que si pasa una situación de éstas ya no los voy a buscar a ustedes sino a ellos. El asunto es este, no quiero que me causen problemas. De aquí en adelante vamos a ir por ustedes’, nos dijo. En la madre, qué va a pasar, pensé.

Hubo una información de un hecho que asaltaron o trataron de asaltar un salón de juego, un casino. Llegaron las corporaciones y aparentemente la información fue que los correataron, los persiguieron, huyeron. Eso fue lo que les molestó. El hecho que dijeran corrió, huyó. ‘Nosotros no huimos, le entramos, le atoramos, a eso venimos, sabemos que aquí podemos quedar, a lo mejor ahorita, al rato, a lo mejor mañana, es nuestra vida. Nosotros no huimos’, decía y se volvía a emocionar y otra vez la amenaza. Fue la información que le molestó, que ellos no huyen.

Regresé al diario y hablé con los compañeros. Les dije que tuve un incidente y que no quería poner en riesgo a nadie. Vino un jefe de Monterrey a enterarse de lo que había pasado.

Cereso de Gómez

Arturo Aguilar asegura que la situación en el penal de Gómez Palacio quizá estuvo peor que lo que pasó en el penal de Piedras Negras, Coahuila. Dice que las autoridades carcelarias estaban controladas por el crimen organizado.

Recuerda que durante la cobertura de los disturbios en el penal, acudió al penal y durante las “protestas”, se percató de que de un vehículo bajaron unas personas y participaron como reporteros con el resto de los compañeros.

“Me hice para atrás y jalé a un compañero de El Siglo. Le digo ‘estos dos chavos no son reporteros, son traviosos y en aquel vehículo están más. Yo digo que tan tan, la información no va a brotar ahorita. Nos fuimos y teníamos la línea telefónica abierta. Ese día, tres compañeros fueron levantado”, relata Aguilar.

Cambios

Arturo Aguilar comenta que la información la tenían que calibrar. Explica que en ocasiones daban la descripción de los cuerpos y vestimenta para distraer otros detalles de la información, como por ejemplo las características de los vehículos.

Además, se optaba por no cubrir algunos “eventos”. En una ocasión, recuerda Aguilar que reportaron un choque muy fuerte y acudió a tribunales porque los coches ya no estaban en el lugar. En tribunales, mientras esperaba el parte de accidente, el juez calificador le advirtió que tuviera cuidado porque uno de los carros involucrados era de “los traviosos”, quienes estaban esperando afuera.

Arturo decidió no conseguir la información y partió. Cuando vio al grupo al que hacía referencia el juez, se percató que entre ellos estaba un ex elemento policiaco que conocía. Pero cuando pasó entre ellos, el ex agente se volteó como si no se conocieran.

“Muchos municipales, estatales, de la federal, militares, detecté muchos que se cambiaron de bando. Ya no sabía de quién cuidarme, si de los malos declarados o los malos por declarar. Los elementos se involucraron, unos con un grupo y otros con el otro. Andaban en un operativo y se cuidaban las espaldas”, comenta Arturo.

La muerte de Eliseo

Cuando le avisaron del “levantón” del periodista Eliseo Barrón, a quien Arturo conocía muy bien, se comunicó con jefes policiacos que él sabía conocían “a los malandros de allá”, refiriéndose al grupo que controlaba Gómez Palacio.

“Nadie dijo nada, me decían ‘déjeme ver mi jefe’. No hicieron nada”, recuerda Arturo.

Se enteró que Multimédios había difundido el video de la privación de Eliseo. “Haz de cuenta que le acaban de dictar la muerte”, dijo en su momento a otro compañero.

“A las 8:30 de la mañana me habló otro compañero que lo habían hallado en un canal en La Laguna de Durango. No creo que haya sido un error de Eliseo, era muy atrabancado para hablar, para trabajar, pero no creo que él haya cometido el error. Al otro día todo mundo jalándose los pelos y que a nivel México exigían. Después de que hacen su babosada ya exigen su captura. Creo yo que a los que les encasquetaron el crimen de Eliseo no fueron ellos, fabricaron a los criminales. De que eran malas eran malas pero desde mi punto de vista no fueron los que mataron a Eliseo”, considera.

Inclusive, una coordinadora de homicidios de la Procuraduría de Justicia en La Laguna de Coahuila, le habló para decirle “si te hablan de Milenio y acaso vuelves, a mí no me vuelves a hablar en toda tu vida”. Las palabras respaldaron lo que Arturo creía había sido un error del medio haber divulgado “el levantón”.

Caricaturas

Arturo Aguilar asegura que durante la etapa de violencia desarrolló mucho estrés, psicosis y miedo hasta de su sombra. Eran tantas “las ideas, malas imágenes o situaciones”, que tuvo que encontrar una forma para olvidarse de eso.

“Cómo me desestresaba: viendo caricaturas, leyendo el condorito, iba y la compraba. En la tele veía caricaturas. Antes de eso había noches que no dormía. Estaba acostado y oía cualquier ruido y ya pensaba en lo malo. Me levantaba y me fumaba un cigarro. Me ponía a ver caricaturas, al Pato Donald, Micky mouse, lo que fuera”.

También, en su mente calculaba tiempos de semáforos, cambiaba rutas, buscaba salidas a cualquier lugar al que llegaba y arribaba a su casa por distintas calles.

Arturo Aguilar comenta que las actividades de narcotráfico siempre han existido y siempre ha habido muertos por el tema de las drogas, por eso él considera que la actual “calma” es

engañosa. “Está latente la violencia”, dice. “Todo mundo sabemos que ahí andan, los riesgos están latentes”, añade.

DAVID
Amanda Ceschitz y ~~Esteban~~
Ricardo
Mendez
01-20-17

SA en el r. Alben.

— | 2011. MARCO / Granada.
No tiene relación con la v. / el edificio de S
Zeta IV fue notario por Zeta durante 40
años.

⇒ Dieron llaves durante 40 años.
Nunca se vendió.

Cuando se vendió. Llegó a la de misa.

Por eso no se funden los de Alben.

Se denuncia el mecanismo. Se va más
de más de hijos el botic de Alben.

—
2012. Describen a un foto prop de so años de
CV.

⇒ Por hijo la mayoría.

Se va la Fiscalía, → luego la inspect
de más de ciudad del.

Morales a nivel bajo. Se va se muy católicos.

→ Por otro, es villano. → lo amenaza 2

NS. SE REFUGIABA TODOS EN TEJAS.

¿ir se?

→ En Texas hay un corredor de los hoteles

Hay un relato muy interesante.

De Morales y de hotel.

—
Hay presunción de que el Marco va a
falta. → funcionarios de la policía en los
lo dicen.

—
2009. Valerio Valdes. El Zócalo. El primer
se mataron. → de febrero. y el caso, Alben.

Estefanía. hermano. Rep. Gabriel Avila.

Israel Avard.
 → libro. / elle improu e RM / red de amplexos.
 RLV / no tiene actividad / persona que es igual a
 todo el país. Pedro José Lang

La magnitud
 de control
 los países
 España

le Sec 30. 2011 de mayo 2011. → Deber operar
 de RL. / a todo el universo.

América me precede. 29 de mayo, 2010.
 so la v. A.C. HCG y parte de expansión.
 En la doctrina en tiempo. el 2008. Ejerc 6 /

Se Usan e sub desarrollo de la RGR.

→ Gentes y mandos.
 Ejerc 6 a mandos.
 J. Villanar. Subcom.

Defensa por cubiéndose con armas / los result-
 varios veces.

A S Z la intersección no la edad impresa no la
 digital.

H.M. se definen a pe el ni libro y campo a
 Cálculo que en un campo -
 El 2do en red de poder. / Israel 6
 a hijo.

Exito e un espectáculo.
 → Miedo H.M. tiene presión a PRI del. a CorL.
 se declara la guerra.

El mundo e Israel A. se encarga de la república y
 H.M. / y luego y que e Q. RGD
 L/G fuerza de guerra e IA /

Alejandro Hernández Pacheco, camarógrafo originario de Torreón.

Actualmente vive en Colorado. Pidió asilo después del secuestro que vivió en julio de 2010. Desde entonces no ha regresado a México.

Alejandro comenzó a trabajar en televisión desde 1993 y prácticamente estuvo en todas las cadenas de la región: Multimedios, TV Azteca, Televisa.

En Televisa tenía menos de dos años laborando, siempre con la cámara al hombro, aunque en Televisa estaba mucho tiempo en el estudio e iba a empezar a regresar a la calle. Cuenta que existía temor por las condiciones de violencia que prevalecían. “Me tocó cubrir la violencia, me tocó ver algunas montañitas de cuerpos”, recuerda.

Alejandro estaba de vacaciones y un domingo antes de regresar a trabajar, fue con la familia al Cristo de las Noas. Allí, dice, se sintió raro. “Le decía a mi esposa que sentía mucha paz”, platica. Se tomaron fotos con los niños y regresaron a casa.

Regresó a trabajar después de vacaciones el 26 de julio.

Entró ese día a las 5:30 de la mañana para estar en el noticiero que iniciaba a las 6. “Estuve unos momentos en el sillón, en ese silencio. Pensando en nada, muy raro. Eso lo piensas después”, comenta.

Recuerda que a las 7:30 de la mañana llegó Héctor Gordo, de Televisa México, pidiendo ayuda con un camarógrafo y equipo. Héctor venía del programa Punto de Partida a hacer entrevistas con los alcaldes de la Laguna. Al parecer su camarógrafo de México había perdido el avión.

“Me dijeron a mí, y dije va. A mí me gustaba la calle. Sabía que había peligro pero no sabía cuánto”, rememora.

Narra que tomaron el equipo y se fueron. Héctor había rentado un carro en el aeropuerto con placas de Chihuahua. “Me dio miedo porque no andábamos en un vehículo de Televisa”, comparte.

Fueron a Gómez Palacio para entrevistar al alcalde, pero recuerda que los tuvieron mucho tiempo esperando en presidencia. Dice que pasó una patrulla y les dijo “eh, tengan cuidado”. Alejandro no sabe si se lo dijeron en buena lid o por qué.

Entrevistaron a policías sin rostro estaban grabando la fachada de la presidencia cuando les dijeron que había un motín en el Cereso.

Al llegar, Alejandro se dio cuenta que muchos compañeros estaban alejados. “Héctor no sabía cómo estaba la onda y yo quería hacer mi mejor trabajo para que se viera en un programa a nivel nacional. Hicimos entrevistas y estaban todas las corporaciones, entraban y salían el semefo. Hasta las 3 más o menos estuvimos”, comenta.

Entonces Héctor le informó que su camarógrafo había llegado y que lo iba a regresar a Televisa para después recoger al camarógrafo. Tomaron el entronque en la carretera a Ciudad Juárez con el cruce de Periférico y ahí se les cerró un carro y los levantaron.

A partir de ahí, estuvo secuestrado y fue trasladado a tres casas distintas.

NARRACIÓN EN PRIMERA PERSONA:

Nos llevaron a Lerdo, por Siete Leguas. Nos tuvieron hasta las 6, 7 de la tarde. Nos llevaron a una casa por Chapala. Nos tuvieron hasta que nos dejaron ir el sábado. Nos liberaron en la colonia López Portillo.

Íbamos a agarrar Periférico. El carro venía en sentido contrario, se adelantaron y se cerraron. Pensé que como era un carro viejo, que se había descompuesto su coche. Se bajaron dos personas o tres. Bajaron con las armas cortas y se subieron a nuestro carro.

Nos dijeron que siguiéramos al carro de donde se habían bajado. Dieron vuelta a Lerdo por periférico y nos iban pegando en la cabeza y preguntándonos para quién trabajábamos. Nos pidieron teléfonos, carteras, identificaciones. Trabajamos para Televisa, querían que les dijéramos que trabajábamos para un cartel, como encubiertos.

En el camino, cerca de un canal de riego, nos bajan y nos suben al coche. Todo fue tan rápido. Héctor y yo nos tomamos de la mano, empezamos a rezar, esto no puede estar pasando.

Lo primero que se te viene a la mente es la familia. (Entonces tenía dos hijos. Actualmente tres)

Seguimos en el camino a un despoblado y ahí había más gente. Ahí estaba Javier Canales.

Nos bajan, me suben a la cajuela del clío de Javier, hecho bolita, a ellos dos los acuestan. A mí me meten a la cajuela porque estaba más grande, pensaban que me podía escapar o poner resistencia.

Estaban fumando mariguana, abrían la cajuela y echaban el humo, nos pegaban.

Tenía las piernas dormidas, me falseé cuando me bajé, quise caminar y me tronó. Con las camisas nos cubrían las cabezas. Hablaban por teléfono, con el jefe supongo. Decían que querían quemar el carro, pensaba uno que con nosotros adentro.

Por qué nosotros, nos preguntábamos.

Querían prender cerillo.

Después nos llevaron en una camioneta a Chapala y había tres policías federales, uno herido de un brazo. Había también un policía preventivo de Torreón y un taxista de Lerdo. Éramos ocho en un cuarto lleno de tierra. No sé cuántos días tenían ellos.

Nos mantuvieron con los ojos cubiertos. Nos ataron las manos y los pies. Nos acostamos en la tierra, uno en seguida de otro. Oíamos más voces, no sabíamos quiénes eran.

Nos interrogaron, nos pidieron el nombre de nuestros jefes, los teléfonos, dónde vivían, qué autos usaban, si tenían hijos. Dije lo que sabía.

Empezaron a hablar y a pedir que pasaran las notas de ellos en la televisión. Cuando nos levantaron veían patrullas y ellos mismos decían ‘no pasa nada’

Las televisoras buscaban protegernos y los obligaban a pasar cosas en contra de los zetas en Matamoros, con quién estaban coludidos, que un hermano de Torres Charles (Jesús Torres Charles, ex fiscal de Coahuila).

El lunes nos dijeron que le bajáramos de huevos con la historia de Margarita Rojas (directora del penal de Gómez Palacio), que dejaba salir reos a causar muertos en Torreón. Decían que dejaran de pasar esa historia, de ya no moverle a lo de Margarita. Después la noticia fuimos nosotros. Los medios ya no hablaron más de eso y se coartó la libertad de prensa.

El jueves dejaron ir a Héctor, querían que pasaran algo con Denisse Maerker. Lo dejaron ir para que fuera a México e hiciera una historia en favor de esta gente que nos tenía.

Lo dejaron salir. Héctor les decía que me dejaran salir para editar la historia. Pero no quisieron. Le dije que se fuera, que si salía esa historia me iban a soltar.

Después supe que no pasaron nada.

Imagina mi familia cómo se puso. Le pedí a Héctor que le dijera a mi esposa que se fuera de la casa, que agarrara mi visa y con los papeles importantes se fuera.

Daba miedo, yo ya pensaba que nos dejen pero donde nuestra gente nos hallara. No encontrábamos descanso, ya era mucho tiempo. Cuando estábamos secuestrados, llegaban y cortaban cartucho y nos despertábamos, nos decían que nos iban a traer a la familia, a los niños. Era mucho estrés psicológico.

Llegó el viernes y no nos pasó nada.

El viernes nos dicen que nos van a soltar como a las 6 de la tarde. Primero sueltan a los policías, escuchamos que les dan dinero y se los llevan y los dejan, yo creo que en Gómez. Dejamos de verlos.

Estábamos a punto de subirnos al carro, aparentemente en la zona industrial de Gómez, que fue donde dejaron a Héctor.

Teníamos la esperanza del viernes irnos a casa pero cambiaron de planes en el último minuto. Antes de subirnos a la camioneta nos dijeron que no. Empezó otro martirio, nos subieron a otro carro y nos llevaron a otra casa de seguridad. Ese día andábamos muy

débiles, no nos dieron ni agua. Andaba mareado. Me subieron a la cajuela. Y Javier adelante.

Llegamos ahí y había niños jugando y todo en la colonia. Me bajaron de la cajuela y nadie dijo nada, era de lo más normal. En la cajuela llevaba las manos atadas, me quité la venda, no supe dónde estaba pero sí alcancé a ver niños jugando, una colonia popular. Se escuchaba un tren.

Estuvimos toda la noche, en un cuartito como un baño, lleno de cucarachas, ratas.

Estuvimos hasta las 12 y nos dejaron solos.

Estábamos gritando a ver si nos escuchaban, que nos ayudaran, que nos tenían secuestrados. Nos cambiaron de casa.

Nos quitamos las vendas y empezamos a rezar y le dije a Javier que no quería que me mataran por nada, quería morir dándome un tiro, ‘a chinga por qué me van a matar’, pensaba. Lo convencí de escaparnos. Nos quitamos las vendas como pudimos. Me encontré unas pinzas de punta, chicas, quité las bisagras de la puerta y nos salimos. Solo estaba con un pasador. En eso llegó un carro lleno de chavos de 20 años, todos armados y se sorprendieron más que nosotros y fue donde nos pegaron. Nos pegaron en todo el cuerpo con maderas, en las rodillas, decían ‘péguenles en las rodillas para que no se pelen’. Javier gritaba, no sé qué le hacían.

Les decía que ya era mucho, que ya nos soltaran o nos quebraran. Nos ataron con alambre y nos volvieron a meter y se sorprendieron porque les quitamos los tornillos. Nos pegaron muy feo. Yo tenía sangrado toda la cabeza. Hasta después que estaba en México me di cuenta de los golpes.

Estábamos por Soriana Hamburgo. Nos dieron agua, nos tomamos un galón cada quien, Javier y yo. No podíamos dormir. Pensábamos que nos iban a matar en cualquier momento.

Ese día dije ‘ya hice lo que puede, ya voy a descansar, que sea lo que Dios quiera, si amanezco bien’.

El “rescate”

En una casa estuvieron de lunes a viernes.

El viernes a él y a Javier Canales los llevaron a una segunda casa que fueron donde los golpearon después, según cuenta, de intentar escaparse.

A la casa 3 los llevaron después de golpearlos, apenas un rato, hasta que amaneció, después los devolvieron a la casa 2. Ahí, cree Alejandro, algo salió mal.

NARRACIÓN primera persona:

Eran como las cinco de la mañana cuando nos despertaron y nos llevaron a otra casa. Nos bajaron y nos dijeron ‘camínenle por ahí’. Nos bajaron y nos mandaron a un baldío, no podíamos ni caminar.

Nos dijeron, palabras textuales de uno de ellos ‘aquí den vuelta y caminen todo derecho, ahí está el gobierno y los van a ayudar’. Los soltaron en la calle

Nos liberaron, caminamos unas cuatro cuadras, sólo se escuchaban los perritos, silbábamos. Ellos se fueron. Nos dejaron en una esquina. ‘Den vuelta y ahí está el gobierno’, dijo uno de ellos.

Llegamos nosotros con las patrullas. Son los mismos güeyes, los patrulleros, la policía federal comandada por Genaro García Luna. Llegamos y nos dicen ‘quiénes son ustedes’, ah poco no nos oían. Nosotros los encontramos a ellos. Hasta la casa esa.

Nos dicen los policías “a ver cómo los tenían, y nos tomaron fotos y videos. Ellos querían documentar como si nos estuvieran rescatando.

Mi versión es que a alguien se le hizo tarde o a los malandros se les hizo tarde dejarnos o la policía fue muy temprano. La policía quería encontrarnos ahí (en la casa), grabar el rescate, tomar fotos.

Empezamos a decir cómo nos tenía, así y así.

Llegó una policía y dijo ‘aquí hay una casa con estas características’. Qué raro, ¿no?, entramos y sí, ahí estaba mi sangre toda coagulada y era donde nos tenían. Uno va atando los cabos.

Nos rescatan entrecomillas, nos llevan a Torreón, a la comandancia.

La única ayuda fue una botella de agua y unas mantecadas del gobierno y una pastilla para el dolor de cabeza y una venda. Nunca fueron a llevarme a sacarme unas radiografías o algo.

Yo dije, ‘ah pues ya me voy, que me deje’, y cuando andábamos ahí, reciben la orden el que nos traía en la camioneta que le diera para el aeropuerto. Cárdenas Palomino (Luis Cárdenas Palomino) nos dice ‘el presidente los quiere ver. Vamos y luego los regresamos’. Estábamos aturdidos. En el aeropuerto ya tenían una conferencia de prensa montada. Ya tenían planeada desde antes.

Cuando bajamos al hangar, nos llevan con Genaro García Luna y nos dice “tenemos una pequeña conferencia de prensa, cómo ven”. No nos dejaron pensar tanto, ‘pues sí’, contestamos.

Nos dimos cuenta que fue un error muy grande. Nos pusieron a la vista de todos. No nos dejaron pensar.

Cuando habla Genaro García Luna que fue un operativo donde no hubo ninguna bala, son puras mamadas porque eso no pasó. No podía desmentirlo ahí, esos güeyes eran capaces de todo. Si digo que decía mentiras no aparezco.

Le hablé a mi esposa y le dije 'vete de la casa'. Llegó a la Ciudad de México. Nos estuvimos en un hotel esa noche. Al día siguiente fuimos a la Siedo a declarar. Nos querían meter en un motel, les dije aquí no voy a entrar yo. Un motelillo rascuache, decidieron llevarnos a otro.

Nos dieron 6 mil pesos de los cuales usé para irme a Chihuahua.

Nadie nos rescató como después dijeron, nosotros los encontramos. No pude desmentirlos ahí. Lo hice cuando estaba acá.

Fue todo una caja china, después de que estaba el punto que le iban a estirar el hilito a la directora del Cereso, que el gobernador la había puesto, aventaron la caja china para crear otro boom, ya eran los periodistas secuestrados y el caso de la directora se hizo más chiquito y se fue perdiendo.

Fuimos las víctimas.

A Héctor lo protegió Televisa en México.

La empresa los primeros días me dijeron que me iban a acomodar por Mérida, Yucatán que me iban a poner en sky, pero se fue enfriando y no sentí el apoyo. Quería que me dieran mi lanita de aguinaldo y esas cosas.

Petición de asilo

Vi un programa en Discovery de periodistas en exilio, periodistas que después conocí. Empecé a platicar con mi familia de la posibilidad de pedir un asilo político, hablé con un abogado que fue como mi ángel. Me dijo que me podía ayudar.

Los policías nos dijeron que ya podíamos regresar a Torreón que ya no iba a pasar nada. Yo no tenía el respaldo de nadie, no tenía apoyo. Me daba miedo. Decidí viajar a Chihuahua en avión y luego en camión a Ciudad Juárez. Llegamos el 21 de agosto de 2010, yo crucé el 22 de agosto y mi familia hasta el 26.

Comenzamos una nueva vida en Estados Unidos.

A la empresa les dije que ellos me habían puesto en un estado de riesgo al mandarme ahí. Nadie me escuchaba, se fue acercando diciembre de 2010, en noviembre les envié un correo que si no me iban a dar lo que me correspondía me iba a poner en huelga de hambre en la plaza de El Paso, Texas; les dije que mucho Teletón mucho Teletón y a sus empleados los abandonan. Al día siguiente enviaron a alguien y me dio un chequesito que sí me aliviaron.

Primer año en Estados Unidos muy difícil, vienes con permiso. Empecé a buscar trabajo y me ocuparon en lo que hago que es la cámara. Sigo trabajando en ello.

Quiere regresar

Alejandro ya es residente en Estados Unidos. El asilo se lo concedieron un año después.

Dice que duerme tranquilo, con la seguridad de que nadie le va a tirar un balazo. Platica que recuerda su casa, su jardín, sus amigos, su limón, a la familia. “Me da coraje porque todo lo echaron a perder. Ya no los puedo ver”, menciona.

Recalca que ese no era el plan aquel 26 de julio cuando salió a trabajar. “Batallamos mucho para hacernos de nuestras cosas, pero le arrancaron a mis hijos su casa, su lugarcito, eso me da coraje y me da tristeza porque ya mis hijos son más gringos que mexicanos, claro no los dejo. Pero solo porque ellos quisieron cambiar el rumbo de nuestras vidas. Me duele”.

A Alejandro se le hace un nudo en la garganta. Asegura que no lo supera. En ocasiones se mete a Google maps y ve su casita, su barrio.

“No es así como muy agradable estar a acá. No es lo que tenías planeado, pero donde quiera la vamos a romper y echarle ganas. Extraño desde lo más básico que es la comida, mi familia, mis hermanos, el calor y no lo cambiaría por nada. Si me dan a escoger me iría allá. Ya regresaré. Yo no quiero morirme en esta tierra”, afirma.

Armando Moreno/Reportero fuente policiaca

Milenio Laguna

Periódico Express

Multimedios

Armando empezó tarde en el periodismo, a los 36 años. Tiene 15 años como reportero de fuente policiaca.

Armando Moreno nunca se imaginó que su trabajo lo llevaría a situaciones extremas.

En sus primeros tres años cubría accidentes, asesinatos de riñas, rencillas entre familias, amigos. Recuerda que salían a relucir de repente pistolas 9 milímetros o 39 súper. Había acuchillados, crímenes “pasionales”.

Pero fue a partir de 2007 que brotaron las primeras balaceras entre “policías y malandros”, dice él. Armando era reportero del turno nocturno. Iniciaba labores a las 10 de la noche y terminaba a las 7 de la mañana.

“Era controlable en un inicio. Con los grupos de la región que habían estado establecidos durante muchos años”, recuerda. “Mi trabajo era recorrer las calles de Torreón y municipios adyacentes, tratábamos de encontrar algo de interés”, agrega.

Moreno menciona que en un inicio le provocaba emoción porque escuchar un reporte de una balacera era algo atípico. “Causaba emoción ser los primeros, saber qué había pasado en los eventos violentos, quiénes se habían balaceado, quiénes se habían muerto”, dice.

Pero poco a poco la emoción se convirtió en pánico y terror, comenta. Y terminó en un “trauma extremo”, al ser asesinado a uno de sus compañeros, Eliseo Barrón.

Armando Moreno habla sobre su primera cobertura “espectacular”. Recuerda que fue el primero de abril de 2007, un enfrentamiento que inició el 31 de marzo.

“Recuerdo que se enfrentaron delincuentes que supuestamente venían de Sinaloa, células que estaban decididas a asentarse en la región. Recuerdo que esa vez mataron a un policía, un tal Reno. Le dieron un balazo en la cabeza. Veías vehículos todos destruidos, impactos de bala en los negocios. No medíamos la magnitud del riesgo. Cubría televisión y hasta hacíamos *stand* donde salía el reportero, diciendo ‘aquí nos encontramos’. No medíamos”, comenta.

Primera sensación de riesgo

La primera vez que Armando Moreno sintió que estaba en una situación de riesgo, que ya había problemas serios de inseguridad en la región y que además las policías estaban infiltradas, fue en una ocasión a mediados de 2007, cuando le habló un amigo.

“Armando, necesito que me ayudes. Los policías (municipales) levantaron a una familiar y se lo llevaron. Nos dicen en el 066 que se lo entregaron a los Zetas”, le contó el amigo.

La esposa del amigo había insistido al 066 por auxilio, hasta que la operadora le contestó: “deje de estar molestando, porque su familiar se lo entregaron a los Zetas”.

La familia buscó en distintas cárceles y no apareció.

“Se me hizo muy atrevido, no creía. Pensaba que era su percepción, porque no aparecía”, platica Armando.

Después se volvió a comunicar el amigo para pedirle nuevamente ayuda porque ya les habían hablado y los habían citado en El Bosque (Bosque Venustiano Carranza de Torreón). No sabía quién los había citado. “Se me hace que son los de la patrulla”, le dijo el amigo. Armando pensó que quizá querrían moche.

Armando se dirigió en un coche de la empresa acompañado de un camarógrafo.

“Veo una camioneta Explorer guinda abierta, las puertas abiertas y cuando vamos llegando se bajan dos tipos y uno con una metralleta me la pone en la cabeza”, relata Armando.

-¿Y tú qué estás haciendo aquí, cabrón? –cuestionó la persona armada.

-Yo me voy –respondió Armando con la metralleta apuntándole. La persona le apuntó y le pegó el cañón en la cabeza.

Lo empezó a cuestionar y al final la advertencia: “mira cabrón tú sacas algo y te mueres, vete a chingar a toda tu puta madre. Tú chitón porque sabes lo que le pasa a los que hablan”.

Armando agarró sus cosas y se retiró. “De reajo alcancé a ver a la mujer. Ahí me di cuenta de que era una situación gravísima. Pensé que todo estaba inmiscuido”.

La persona –recuerda Armando- habría tenido unos 30 años. Usaba chaleco, armado hasta los dientes y encapuchado.

“Fue la primera alerta. Todos esos rumores de levantones, de que la policía estaba inmiscuida, ahí me di cuenta”, narra Armando.

Armando pensó en salirse del periódico. No podía divulgar nada y lo podían matar en cualquier momento. Dice que la adrenalina, el hormigueo y el cuestionarse por qué tenía que estar bajo el cañón de un delincuente, fue lo que lo sostuvo.

“Tiene más poder una pluma que un arma de fuego, decía yo. Tiene más poder el raciocinio y pensamiento y la divulgación periodística, por eso nos matan, por eso nos levantan,

porque saben que hay un gran poder. No podía concebir que los delincuentes nos dictaran la agenda informativa”, comenta.

Cambió en la dinámica de cobertura

Armando Moreno cuenta que cuando se acentuó la violencia, dejaban que las autoridades llegaran primero al lugar de los hechos. Se ponían en puntos estratégicos. Se acabaron las exclusivas y los compañeros se juntaron a hablar del manejo de la información. Nadie se atrevía a ir solo. Siempre estaban en comunicación.

“No es que pintáramos la raya, es que van a trabajar con nosotros, cabrones. Le publicabas a estos y aquellos se enojaban, y el miedo era que te quisieran levantar porque estabas jalando con los otros. Por qué publicas los muertos de nosotros, estás con ellos. Era sortearla. Sabía que ellos iban a comprar un solo periódico y tenía que ser cuidadoso con lo que iba a escribir. Por ejemplo, hablaba en plural, ponía las autoridades informaron, hombres armados llegaron. Suprimía grupo criminal, célula criminal. Eran civiles armados. Poníamos que se fueron en dirección desconocida”.

También cuenta que mandaban las fotos que querían que se publicaran y las dejaban en caseta. Después le hablaban ‘oye, ahí están las fotos, hay que poner esto, va contra Adelaido’. Armando informaba a su jefe de redacción. Desconocía cómo habían conseguido su teléfono.

“Los Zetas y los del poniente te hablaban, los de Gómez no, ellos actuaban. No te mandaban hablar ni nada. Fueron a balacear el Silgo, La I, nos mataron a un reportero. No eran de comunicación, ellos llegaban y actuaban”, platica Moreno.

En ocasiones prefería no llegar a su casa o dormir en el carro. Si pisaba su casa, era de entrada por salida. Sentía que entraban a ella. Desconfiaba de todos.

La información, dice, pasó del detalle a lo improvisado. Aprendió a controlar la emoción no llegar tan rápido a los lugares. En lo personal elaboró grados de riesgo en colonias, rutas de acceso y escape y se enseñó a emitir alertas de manera rápida a sus contactos.

“Aprendí que la muerte se tiene que respetar, que no hay egos”, agrega.

Grandes balaceras

Armando no puede concebir cómo con tantos militares y federales que arribaron a la región, no podían con los grupos criminales. “Tenían de cabeza a dos mil elementos de distintas corporaciones, cómo. Parecían shows montados. Era irracional que en las balaceras se enfrentaran a 5, 10, 15 y no pudieran con ellos”, opina.

Moreno recuerda una balacera del 19 de febrero de 2008, en la colonia Jardines de California, la cual duró horas (Armando dice que de 12 a 5:30 de la mañana).

“Se enfrentaron 3 sujetos armados, bien armados contra más de 300 elementos. Yo estuve ahí. Tiro tras tiro, fácil llegaron 20 patrullas. Llegaban camionetas de militares, federales y no podían darle batería a tres cabrones. A lo mejor eran más de 3. Era increíble como los tipos se enfrentaban”, relata.

Otra balacera, del primero de enero de 2009 en el Campestre La Rosita: “Siete cabrones dándole pelea a un arsenal de militares y policías. Empezó a las 3 de la tarde y terminó a las 11 de la noche. Es un temor terrible, un estruendo tan fuerte que tu cerebro no reacciona, quieres ver de dónde están disparando”.

También recuerda otra balacera el 5 de febrero de 2010 en el centro comercial Galerías, que duró hora y media.

Cuenta que antes del ataque a la quinta Italia Inn, levantaron a 11 personas, un 10 de julio, entre ellas 5 jovencitas. “Los destazaron, dejaron regadas las manos, piernas, brazos, en avenidas concurridas. Nos reportan una cabeza tirada en tal lado y luego en otro y en otro, era de terror. Y no tanto por intimidar a los adversarios, era intimidar a la sociedad. Eso ocasionaba que cada quien en su casa se resguardara”.

Armando, platica, miró descarnados, carbonizados, destazados, inclusive a una persona que le arrancaron la cara, como si le hubieran quitado una máscara.

En otra ocasión, recuerda que colgaron a tres personas en el puente del Simas (bulevar Independencia). “Les encajaron un garfio por la boca y les salía por la nariz. Los vistieron de hada, con sus falditas. Los ridiculizaban”, platica.

Cereso de Gómez

El día que levantaron a su compañero Javier Canales de Multimedia, los concentraron en la redacción, les informaron del secuestro y de las peticiones para soltar a las personas secuestradas.

“Me fui muy molesto porque ese día me mandaron cubrir la nota por exigencia de los malandros, tuve que ir a cubrir lo que estaba pasando en el Cereso, después del secuestro de Canales. Recuerdo muy bien que la gente que me recibió eran malandros, del grupo que había secuestrado a los compañeros. Sabía que los protestantes eran ellos. Me puse a sus órdenes prácticamente. Me arrebataban el micrófono”, comenta.

-‘Ven, ven, güey, entrevista a este cabrón’ -le ordenaban a las afueras del penal.

-Adelante qué quieres decir –respondía Armando.

-“¿Cuándo va a salir, güey?” –le hostigaban.

-En cuanto llegue al redacción.

-Pero de volada, cabrón.

Una hora estuvo en el lugar, “atendiendo” a la gente.

Otra experiencia contada en primera persona.

El 9 de febrero de 2009 estaba con mi novia, ahora esposa. Estábamos comiendo en un puesto de hamburguesas por el bulevar independencia. Vi tres camionetas y le dije ‘vámonos, deja te encamino’.

Se me cierra una nitro, luego otra camioneta obscura y se baja un cabrón con una metralleta, ‘bájate güey, bájate cabrón’. Otro tipo se baja y se pone atrás del carro. Me tiran al piso. ‘No te muevas, güey, por qué no traes placas’. Mi coche no trae placas, les dije.

Me dicen que me levante y me recargo en la puerta trasera y se baja un tipo. La persona se recarga en la puerta. Me pregunta ‘de dónde eres’, ‘de Gómez’, le digo. ‘Y la muchacha que viene atrás de ti quién es’. ‘Es mi novia’. Ella venía atrás de mí. El vato se le empareja a ella, y le hace señas. Me le paro adelante y es cuando me cierran.

‘Quién eres’. Armando Moreno. ‘En qué trabajas’. En Multimédios. ‘Qué haces ahí’. Soy reportero. ‘Ah ya sé quién eres tú, eres el de la nota policiaca de la noche. ‘Traes una credencial’ y se la enseño y dice ‘eh ya estuvo’, les dice a los vatos. Y luego se presenta:

“Soy fulano de tal, soy el jefe de la plaza de Torreón y represento al señor Osiel Cárdenas Guillén, jefe del Cartel del Golfo, nosotros somos los Zetas”. Sabes qué, te busco, te quiero dar un apoyo”. Solo me dijo eso. Dame tu número y le di mi número. Nunca se comunicó, lo mataron después.

Después en un evento, un policía se acerca conmigo discretamente en un recorrido nocturno, y me dice: oye güey, que te iban a levantar. Sí. Pues te salvaste. Me dijo, te iban a levantar a ti y a la chava que traías, es que al jefe le gustó. Y luego, le dije. No pues supo quién eras y por eso te dejó, no quería pedos.

En otra ocasión, aunque en esa acepta que fue por irresponsabilidad de su parte, se metió a un corredor de droga que controlaban los Zetas en el mercado Alianza. Quería hacer un reportaje sobre prostitución. “Me fui y me metí a la boca del lobo. Ahí tuve la responsabilidad. Salieron de todas las cantinas, este puto es de los otros, viene a chingarnos. Hay que levantarlo, hay que quebrarlo, decían. Se comunicaron con un nextel e informaban: un pinche reportero que se metió, que anda haciendo un reportaje, despáchalo, mándalo a la chingada, qué hago, porque acá me dicen que piso, dile que se vaya a chingar a su madre”.

JAVIER CANALES FERNÁNDEZ/Camarógrafo de Multimedia desde 1990.

Comenzó su carrera desde 1982.

Cubría nota policiaca, deportiva, cultural, fuente oficial.

Sobre la cobertura de la fuente policiaca, Javier Canales recuerda que se tenían que asegurar que las fuerzas policiacas arribaran al suceso, si no, no llegaban. Ya después, desde la sala de redacción esperaban el reporte o el boletín, sin ningún comentario. “Se acabaron las primicias”, recuerda.

A continuación, relato en primera persona de su secuestro el 26 de julio de 2010 después de cubrir los disturbios en el penal de Gómez Palacio y su posterior liberación el 31 de julio.

Fui secuestrado el 26 de julio de 2010 y duré hasta el 31 que fui rescatado por la policía judicial federal, el secretario de Seguridad Pública era Genero García Luna.

Ya había salido de mi jornada de trabajo, era secretario general de Sitatyr. Me habla una compañera, que había hablado el señor Carlos Marín que requería imágenes del cereso de Gómez Palacio. Que fuera a grabar. No quería ir, se presente. Fui solo. No asignaron a ningún reportero.

Fui y me encontré con unas 300 familias de internos, con pancartas fosforescentes, mostrando y exigiendo demandas, apoyando a la directora en ese tiempo. El ambiente se sentía muy pesado. Me encontré con mi compañero Alejandro Hernández Pacheco y me presentó a Héctor Gordo.

No llevaba reportero. A las personas pedí que me detuvieran el micrófono y seguí grabando. Las personas se tapaban con la cartulina, no querían mostrar su rostro. Pedían que regresara la directora porque les daba facilidades para visitar a los internos.

Grabé, había una malla donde había militares, estatales, municipales, federales, todos encapuchados. Se terminó la entrevista. Hice imágenes apuntando arriba del cereso donde estaban los internos quemando colchones y exigiendo cosas.

Me retiré y me comuniqué que ya tenía el material para mandarlo a México.

Entonces fui levantado en la calle Matamoros entre calle Vergel y Francisco I. Madero, a media cuadra de la iglesia del Sagrado Corazón (Gómez Palacio). A las 3 de la tarde. Se me emparejó un carro, un Tsuru, se bajaron dos sujetos, me bajaron, salí, me pasaron para atrás del asiento. Iba en un coche de la empresa. Me agacharon la cabeza, me pusieron la pistola en la cabeza, que no la levantara o me iban a matar, me iban a meter un plomazo. Se le borra a uno el casete, no sabe uno qué hacer, cuando lo levantan.

Nunca levanté la cabeza. Sentía parejo el pavimento y después empezó a brincar y entendía que era terracería. Soy católico y empecé a rezar cuando me levantaron, padre nuestro, ave maría.

Me llevaron a mí, después me bajaron del vehículo, tapado de la cabeza. Un calorón que hacía. Escuchaba el río de un canal, el de Sacramento. Estaba sentado en pleno sol, en pura piedra, solazo. Después escuché las voces de mis compañeros. Me dijeron que me quitara la camisa y cuando iba por la cabeza me dijeron que ahí me la dejara.

A Héctor lo dejaron salir el 29 de julio.

Íbamos a salir junto con Héctor, pero unas personas dijeron “no, ustedes, se quedan”. Hasta el sábado.

Fueron amenazas, humillación psicológica, que tenías que cooperar, que tenías que hacer esto, preguntaban quiénes eran tus jefes directos. Sabían todo, dónde trabajabas, tenían tu teléfono, checaban los contactos y hacían preguntas.

Nos pidieron que se buscaran los videos. Hablamos a la empresa, con los directivos y que bajarán los videos de Youtube y los transmitirán.

Siempre amenazaban psicológicamente, que tienes que cooperar, tienes un minutos para decir esto si no lo dices aquí te quedas, con palabras altisonantes.

Nos golpearon en las costillas. El 26 de julio de 2010 no nos dieron nada de comida, pura agua. El martes 27 nos dieron una gordita ya noche. Pura agua. Miércoles tantito arroz con carne deshebrada, jueves una pierna de pollo. Una nomás. Viernes ni agua ni comida, ese día nos golpearon. Tratamos de salir para conseguir agua, en la madrugada, conseguir agua, nos sentíamos débiles. De repente se escuchó un rechinido de llantas, abrieron un portón, al abrirlo se ven seis siluetas, el arbotante quedaba atrás de ellos, en la madrugada. Esas 6 personas nos golpearon.

Con el puño, nos tumbaron al suelo y nos patearon, nos tablearon, nos amarraron con alambre las muñecas. Nos dieron tres tablazos en la cabeza.

A mí compañero (Alejandro Hernández) le abrieron la cabeza con la madera. Las manos las teníamos hacia atrás y amarradas con alambre, se sentía el dolor, calaba hasta los huesos. Nos metieron a un lugar pequeño donde no cabíamos, un baño chico, en obra negra. En una casa duramos 5 días.

Platicábamos Alejandro y yo que si tratábamos de escapar, le dije, ‘no, para qué les facilitamos las cosas a esta gente. No sabemos dónde estamos, la gente está armada’. Siempre estuvimos tapados, siempre amarrados y si se aflojaba apretaban y la gente siempre se aseguraba de eso.

No se puede dormir, llevaban gente en la mañana, tarde, noche, metían gente. Nunca supe, pero se oía. Metían gente, la movían de lugar.

No dormías, estabas en un lugar insalubre, olor a orines, calorón. Ponían pinol o no sé qué sustancia a un bote de pintura de 20 litros y ahí hacíamos.

Tenías que pedir permiso si te sentabas, si te parabas, si te acostabas. Si te autorizaban que te parabas te parabas, así de fácil.

El viernes estaba un helicóptero arriba de nosotros, si hubieran bajado se hubiera agarrado la balacera y no estaría aquí. La gente se puso nerviosa, les empezaron a llamar. “Sí aquí está arriba”, dijo uno. Después se retiró. Habían montado un operativo, estuvieron reventando varias casas pidiendo a la gente que abriera. A raíz de eso, cuando sueltan a Héctor y el helicóptero, nos sacan y nos llevan a otra casa que es donde nos golpean.

Fue largo el trayecto, unos 45 minutos, una hora.

Pedí que nos dieran agua, que no nos habían dado, que lo que más quisieran. Nos dieron 4 botellas de 1.5 litros, dos para cada uno, nos las tomamos.

Cerraron el cuarto, oí que se quejaba Alejandro, traía una herida en la cabeza, y le gorgoreaba como si fuera fuente. Con la misma camisa hicimos como un turbante.

Nunca vi a la gente que nos secuestró. Era un lugar muy feo ese cuarto, había sangre en las paredes, en el piso, pedazos de piel en los rincones. No sabíamos si torturaron o mataron más gente.

Al día siguiente no me pude dormir, estaba adolorido de los golpes que me dieron.

Abrieron y que ‘vámonos’, nos llevaron a un lugar y el suelo era como cascajo, piedra, piensa uno lo peor. Traían radio y se comunicaban. Esas gentes nos abandonaron pero al ver el cerco de la policía federal, huyeron y fue cuando llegaron los policías federales.

‘Ustedes quiénes son’, preguntaron los policías, somos reporteros secuestrados. Los estamos buscando desde el martes en la madrugada. Llegaron como 8 camionetas de los federales y tres suburban blindadas.

Vino Luis Cárdenas Palomino, nos checaron presión, nos dieron pastillas, medicinas, nos dieron agua, cuando nos sacaron.

En Gómez Palacio nos llevaron al lugar donde nos tenían.

Yo me vi honestamente casi en el cajón, pensé que no la iba a librar. Doy gracias a Dios que estoy libre, vivo, completo.

Tienes que vivir la vida, vivir con eso. Tienes que vivir con esto, unos me dicen que me olvide, yo les digo, ‘ustedes creen que es fácil’. Te dan depresiones, tienes que llorar, hay mucha gente que se queda con eso y ha muerto. Me dio depresión, me preguntaba por qué me pasó a mí, si siempre he hecho las cosas bien.

Cuando estuve de regreso volteaba uno para todos lados, inseguro, no sabes qué hacer. A ver quién se te acercaba. No es fácil.

No sabía que habían quemado el carro en el que iba, hasta una entrevista que me hizo el señor Carlos Marín.

Lo siguen citando a declarar

Soy el único que me quedé. Al parecer todavía no tienen sentencia las personas que detuvieron. Tuve tres citatorios el año pasado. Ya llevo varios. Este año va un citatorio, un careo donde ponen una cámara al que supuestamente me secuestró, él me ve, yo lo veo y me escucha y lo escucho.

Me llegan las notificaciones del Poder Judicial de la Federación. Yo fui víctima, no he hecho ningún señalamiento porque realmente no los vi. Lo que les he comentado es que la cámara que me quitaron, micrófono, lámpara, luz, eso lo recuperó la Policía Federal. Detuvieron a gentes con el equipo y todos los accesorios y por eso los presentaron para ver si los reconocía.

Ellos los presentaron, a estos les quitamos la cámara, pero yo nunca los vi. Quieren que les señale pero no puedo porque nunca los vi.

Al parecer siguen sin sentencia, no sé cómo vaya el proceso. Ya le dije al juez y a la secretaria ‘ya no quiero venir, estar viniendo, careos, sabe qué no puedo cambiar mi declaración, la misma que hice en un principio va a ser, no puedo decir ni más ni menos. No puedo decirles otras cosas’.

Me dicen que como no los he señalado ni identificado, quieren que esté ahí.

***Ahora Javier Canales trabaja en estudio. Sólo ha salido a ‘camarear’ en contadas ocasiones desde el secuestro Nunca pensó en renunciar ni dedicarse a otra cosa.

Fuente: ReVista Harvard Review of Latin America

Fecha: Journalism of the Americas (Spring | Summer 2011)

URL: <https://revista.drclas.harvard.edu/book/under-fire-mexico> (Consultado el 10 de noviembre de 2011)

Título: Under Fire in Mexico

Autor: Javier Garza Ramos

Under Fire in Mexico

Bullets fired at the headquarters of *El Siglo de Torreón* struck the customer entrance. Nobody was hurt in the attack August 18, 2009. Photo by Javier Garza Ramos

'They Hit Us'

By Javier Garza Ramos

It was past midnight, in the first minutes of Tuesday, August 18, 2009, when my cell phone rang with a call from the newsroom of *El Siglo de Torreón*, the daily in Torreón, Mexico, where I work as editor-in-chief. I thought it was a routine call about a breaking story. In a way it was, but the news value was the least of my concerns.

“Ya nos pegaron,” said the frightened voice of the night editor. “They hit us.”

My heart sank. A “hit” might mean many things, the worst being a kidnapped or murdered reporter. In this case, it had been shots from an AK-47 fired at the building from a corner across the street. The bullets hit the customer entrance of our advertising department, which was closed at that hour.

The burst of gunfire had gone unnoticed in the printing department, where the presses were rolling at full speed, but it broke the quiet in the newsroom, where editors were putting the final touches on the next day’s edition. At least 20 rounds had been fired, and the bullets

pierced the steel curtain that closed the entrance at night, shattering six windows and putting holes in walls and furniture.

Because the shots were fired at a closed entrance, nobody was hurt, and the only people inside had been well protected by the building itself.

When the night editor called to say “they hit us,” he didn’t need to explain who “they” were. Mexican media have been under attack by organized crime for the last five years, killing 10 journalists, including one in Torreón. Five more would be killed in the months following the attack against *El Siglo*. Criminals had carried out attacks with grenades or gunfire against the headquarters of news organizations and were forcing the media to impose self-censorship.

The next day we were flooded by calls from Mexican media and national and international press associations expressing sympathy and asking what had happened.

Organized crime is what happened. In the previous two years, Torreón had quickly descended in a spiral of violence linked to the fight among the drug cartels and the offensive against them launched in 2006 by President Felipe Calderón. The number of homicides, kidnappings and street shootouts was on the rise. The proximity of La Laguna region to the border made it a zone coveted by drug cartels. A turf war had erupted.

The face of Torreón is very different from what it was even in the summer of 2006, when I returned to take over the *El Siglo* newsroom. I had spent the previous 12 years working in Mexico City, Washington and Austin. Even in 2006, with the battle among the drug cartels raging across Mexico, Torreón was still the quiet city where I had grown up, rapidly growing as an agricultural, transportation and industrial hub in northern Mexico.

Drug trafficking had been seldom in the news, but that doesn’t mean it didn’t happen. As far back as the 1970s, La Laguna had been a main crossing point for drugs from the Pacific ports to the United States. The region is the crossroads of northern Mexico, halfway between Mexico City and Ciudad Juárez, and the Pacific coast and the Texas border.

Stories about drug trafficking and cartel activity in La Laguna popped up every now and then, but after 2007, the intensity took everyone by surprise. However, attacks against journalists in the region had been unheard of until 2009, when the events we had seen happening in other parts of the country hit home.

After the attack against *El Siglo*, officials from the federal government and the Coahuila state government pledged cooperation and a full and swift investigation. But the promises were taken with a grain of salt, because most previous attacks against the media remained unsolved and were quickly forgotten.

Barely three months earlier, in May, Eliseo Barrón, a reporter at *La Opinión* (our main competitor) had been kidnapped at his house. When our lead police reporter learned of the

kidnapping, he thought the criminals would go after more journalists; he was resigned to being kidnapped that same night. They did not get him, but Eliseo Barrón's body was found the next day in an irrigation canal.

After Barrón was killed, I huddled with my deputy and the city editor to review our crime coverage and find ways to protect ourselves. We had done that before, and as a result, toned down the stories on violence. Fully aware that we did not have government protection, we felt that the only way to protect ourselves was to avoid stepping on anybody's toes. We did not resort to self-censorship, but decided to pursue a very limited, basic reporting on stories about organized crime, sticking to official information without conducting our own investigations.

After the attack on our building, we reviewed our recent crime coverage, searching for clues about the motive for the hit. But we had published only police reports on murders and shootouts, taking care to omit the names of the cartels and avoid the appearance that we were "keeping score" in their fight to control La Laguna. We didn't find anything that might have provoked a criminal group. The Coahuila Attorney General told us the most likely motive had been that a group wanted to "heat things up," calling the attention of the Army and the Federal Police to the region presumably to hit a rival cartel, and believing that the attack on a newspaper would do the trick. But the investigation soon went cold, and we never knew what really happened.

In late 2006 and early 2007 the region came under fire from cartels seeking to control the lucrative routes and the profitable local market for drug selling. Homicides spiked dramatically, from an average of one every four days in 2007 to one every two days in 2008, to one per day in 2009 and almost three daily in 2010. Shootouts breaking out in major avenues infused the population with panic. Commerce fell; the once active nightlife shut down. Innocent bystanders began to be added to the toll—a four year-old boy caught by a bullet during a firefight between the Army and an armed group; a 25-year-old engineer in his house, hit by a bullet from a shootout next door. And dozens more: roughly one out of every ten of the more than 1,500 homicide victims in La Laguna since 2007 have had no connection to organized crime. They're "collateral damage," as the government calls them.

That toll of innocent civilians rose sharply in 2010 as the battle turned vicious and the violence more widespread. That year, armed groups attacked two bars and a private party, shooting people at random. Ten people died in an attack in January, another eight in a hit in May, and 17 more in July. All were without any connection to the drug cartels. In June, hitmen (*sicarios*) attacked a drug rehabilitation center, killing 11 people because some of them had been drug dealers from rival gangs.

The impact in the newsroom was a mix of shock and powerlessness. We rushed to report the wave of violence, but the possibility of an attack and the lack of protection from the authorities prevented us from going into the depth and breadth called for in a story of this magnitude, with its dramatic effect on the population.

Our limits were put to the test in late July. The Zetas cartel posted a video on YouTube showing a local cop being interrogated by hitmen at gunpoint, confessing that the sicarios

that attacked the bars in Torreón were inmates at the jail in neighboring Gómez Palacio, who had been let out by the warden to carry out the killings. The inmates were associated with the Sinaloa cartel, and the jail was then taken over by federal authorities.

A few days later, while reporting the Federal Police presence at the jail, two cameramen and one reporter from two TV stations (Televisa and Milenio) were kidnapped. One of our reporters had been with them until 15 minutes before the abduction; when he returned to file his story, we sent another reporter to replace him, but pulled him from the scene as soon as we learned about the TV crews. For the next five days we did not send anyone to cover any story in Gómez Palacio, no matter how trivial.

As it turned out, the kidnapping had been a way for the Sinaloa cartel to blackmail Televisa and Milenio into broadcasting interrogation videos of their own, in which police officers talked about links between local politicians and the Zetas.

After pressure from news organizations and press associations, and widespread international coverage, the Federal Police rescued the reporters and arrested eight people. But a dangerous precedent had been set: if a cartel doesn't like certain coverage, it can always kidnap a reporter to force his newspaper or TV station into running its own version.

The kidnapping also reinforced our strategy of doing basic reporting on violent episodes, and we found a way to make up for it with stories about crime statistics, the spike in armed robberies, the social and economic impact of violence, the testimonials of people living under its shadow, and the links between poverty, unemployment and crime.

But the incident had left a deep scar among journalists in La Laguna, dramatically underlining the threat. Our feelings were symbolized by the editorial that *El Diario de Juárez* ran in September after the murder of one of their photographers. "What do you want from us?" *El Diario* asked the cartels in Ciudad Juárez, addressing them as the "de facto" authorities of the city.

For three years, I had been thinking long and hard about what circumstances I would have to face for writing an editorial like that. But my thoughts were always private, quietly hoping that, as an editor responsible for the safety of *El Siglo*'s reporters, I would never be confronted with that situation. Until now I have been spared, but other editors and reporters have had to face it, and maybe it's just a matter of time. In these days in La Laguna, a hit is always around the corner.

Javier Garza Ramos is editor-in-chief of El Siglo de Torreón in Torreón, Mexico. He studied in the Universidad Iberoamericana and the University of Texas at Austin, and has worked as editor and reporter for Reforma in Mexico City, and Rumbo de Austin.

Fuente: Nexos

Fecha: 1 de agosto de 2013

URL: <https://nexos.com.mx/?p=15421> (Consultado el 10 de noviembre de 2011)

Título: El Siglo de Torreón. La violencia ya no es novedad

Autor: Javier Garza Ramos

El Siglo de Torreón. La violencia ya no es novedad

Mario Vargas Llosa abre su gran novela *Conversación en la Catedral* con una pregunta tan directa como estremecedora: “¿En qué momento se jodió el Perú?”.

Varias veces me he preguntado lo mismo, pero a propósito de la Comarca Lagunera, la zona que se extiende en parte de Coahuila y Durango y que en los últimos años ha sido azotada por la violencia criminal. ¿En qué momento caímos en una espiral de homicidios, asaltos, secuestros y extorsiones?

La respuesta, desde la óptica de *El Siglo de Torreón*, el principal periódico de La Laguna, parece casi obvia: desde que la violencia dejó de ser novedad.

Muchos laguneros ubican en 2007 el inicio de una ola violenta desatada por grupos del crimen organizado que disputan el control de la zona. En ese año se volvieron más frecuentes los homicidios y las balaceras pero las cifras de ese año, consideradas alarmantes entonces, son apenas una fracción de lo que vimos un lustro después.

En todo 2007 se registraron 89 homicidios en la zona metropolitana de La Laguna, que abarca las ciudades de Torreón, en Coahuila, y Gómez Palacio y Lerdo, en Durango. En 2012 esa cifra se había multiplicado por 11 y era más o menos el promedio mensual de los 1,085 asesinatos que hubo ese año.

La violencia criminal dejó de ser novedad, con el paso de los meses inyectó temor en la población y puso a la Comarca bajo los reflectores como una de las zonas más peligrosas del país.

En la redacción de *El Siglo de Torreón*, acostumbrados a que la “nota roja” eran accidentes, riñas, uno que otro asalto y los ocasionales homicidios en su mayoría derivados de pleitos personales o pasionales, la embestida criminal que comenzó hace seis años nos obligó a cambiar el enfoque de la información.

Los asesinatos y las balaceras comenzaron a aparecer a la primera plana, impulsados por la novedad y el impacto de los hechos, pero se volvieron tan rutinarios que amenazaban con pintar de rojo la portada del periódico.

Con el tiempo, comenzamos a definir criterios para el tratamiento editorial de las notas. En discusiones entre directivos y editores acordamos un despliegue en la página dedicada a la información policiaca y publicaciones en portada para los hechos de mayor impacto entre la comunidad.

La información es tan variada que tuvimos que establecer categorías. La mayoría de los homicidios y asaltos se consignan en la página de nota policiaca. Son tantos que es imposible que todos tengan amplio despliegue.

Pero si se trata de un hecho que altera la vida de la ciudad, como las masacres en los bares que se generalizaron a partir de 2010 o las balaceras en zonas muy transitadas obligan a dar un tratamiento más amplio que permita también disipar los incontenibles rumores que se desatan.

Estas coberturas se han convertido en un proceso que inicia en redes sociales, con la publicación en la cuenta de Twitter del periódico ([@torreon](#)) de la alerta sobre un hecho

particular. Le sigue una nota para el portal de internet (www.elsiglo.mx) y luego una discusión entre editores sobre la forma en que será publicada en la versión impresa.

El tratamiento de la información debe definirse caso por caso, pues no hay una receta uniforme. Los hechos son tan diversos que la publicación de cada uno amerita decisiones distintas sobre su ubicación y despliegue dentro del periódico.

Además, los criminales saben que la saña con la que cometen un delito, por ejemplo un homicidio, es parte del mensaje. Un cuerpo arrojado a la calle tiene menos impacto que un cuerpo mutilado. Un tiroteo en una zona alejada de la ciudad no tiene la misma atención que un tiroteo en una de las avenidas principales.

Como medio de comunicación hemos intentado evitar ser voceros involuntarios de los mensajes que los grupos delictivos buscan mandar, de modo que la presentación de la noticia se vuelve parte importante de las discusiones editoriales.

Hay ocasiones en que un hecho moviliza a buena parte de la redacción en la cobertura. En agosto de 2011 una balacera desatada afuera del estadio del Santos Laguna, cuando el equipo de futbol local jugaba contra el Morelia, involucró a reporteros y editores de las secciones local y deportiva para profundizar en la noticia que cimbró a la comunidad lagunera y retumbó en medios internacionales.

Hace unas semanas el asesinato de un hermano del cantante Pablo Montero de igual forma involucró a reporteros de la fuente policiaca y al equipo de la sección de espectáculos para recabar la información sobre el hecho que también tuvo una gran resonancia más allá de La Laguna.

La ola de violencia, tanto en La Laguna como en el resto del país, ha puesto a los medios de comunicación en el fuego cruzado. En el intento de los grupos criminales por controlar lo que se dice de ellos, los medios han sido objeto de intimidación y agresiones.

El Siglo de Torreón no ha estado exento. Nuestras instalaciones han sido atacadas en varias ocasiones desde 2009 y apenas en febrero de este año cinco trabajadores fueron secuestrados con el objetivo evidente de intimidar la cobertura que realiza el diario. El

hecho de que ninguno de ellos formaba parte del área editorial significa que no sólo reporteros o editores, sino cualquiera que trabaja en un medio de comunicación en el país puede estar expuesto.

La respuesta ha sido una serie de medidas tanto para reporteros en la calle como para editores en la redacción sobre la forma en que se procesan las noticias de hechos delictivos. Las medidas van desde las precauciones para reporteros y fotógrafos en la calle hasta la forma en que se redactan los titulares o se escogen las fotografías.

También hemos buscado extender nuestra cobertura a temas derivados de la violencia cotidiana, como el impacto en los negocios, o en jóvenes o niños sobre todo en las zonas de mayor incidencia delictiva. La publicación de estadísticas también permite, más allá de los hechos diarios, conocer cómo ha evolucionado el crimen en la región.

No hay manera de saber si estas medidas han evitado más agresiones de las que hemos sido objeto, pero el hecho de tenerlas es parte de la respuesta que hemos tenido que dar ante la incapacidad de autoridades para frenar la violencia durante los últimos años.

La única alternativa no viable es la autocensura. Varios diarios mexicanos han anunciado que dejarían de publicar información relacionada con hechos delictivos. La decisión no va sólo en contra del compromiso informativo de cualquier medio, sino que también puede resultar contraproducente, pues el silencio dura sólo hasta que un grupo criminal amenace a un medio para que publique algo.

El ejercicio del periodismo en La Laguna ha sido trastocado por el fenómeno delictivo que nos obligó a buscar formas de hacer coberturas seguras, algo que hace años dábamos por sentado. Pero en el afán por consignar los hechos que ocurren en la Comarca hemos descubierto que el periodismo puede continuar aún bajo fuego.

En los últimos meses la violencia criminal ha cedido de manera notable. Los homicidios van a la baja y las capturas de grupos delictivos a la alza. Poco a poco, el temor de la población es menor y el ritmo de las noticias ha disminuido, aunque la prevalencia de otros delitos como asaltos y secuestros indica que es muy temprano para saber si el círculo se ha cerrado.

La vida en la redacción se alteró sin remedio. Reportear notas policiacas se volvió un ejercicio de precauciones. Quién sabe si regresaremos a épocas anteriores cuando estas coberturas podían hacerse sin temor. Cuando la violencia deja de ser novedad, el riesgo es que nos acostumbremos a ella. n

Javier Garza Ramos. Subdirector editorial de *El Siglo de Torreón*.

Javier Garza 11 09 17

El Siglo. Director Editorial en esos años.

Por esas fechas sacaron un editorial.

Fue una dinámica distinta. En Saltillo les cayó más de golpe. Con episodios de alto impacto sin episodios de violencia previa. En enero de 2010 asesinato de reportero de Zócalo. Igual que El Mañana.

La Laguna fue de más baja intensidad. Enfrentamientos y asesinatos en 2007. Empezaron antes. Violencia más visible. Enfrentamiento entre dos grupos: Zetas y CS. Las primeras amenazas en 2007. El primer ataque en agosto de 2009.

¿Cómo publicar sin causar represalias? La auto-censura era imposible. Había dos actores. Si no te metías en problemas con uno, era con otro. Nunca decíamos de los muertos a qué grupo pertenecían. CS no les gustaba que se reportaran sus bajas.

Milenio no publicaba homicidios de Zetas. Eran más abiertos. Mataron a tres y le dejaron un mensaje a Milenio: Haber si ahora publicas esto.

¿Cómo reportar una guerra?

Cuando nos hicieron por segunda vez el edificio. ¿Qué publicamos? Le habló el Jefe de la región militar: balacearon porque traían una nota de alguien detenido en Gómez Palacio. Era uno de los jefes de CS y no sabían.

No dejamos de publicar. Salvo cuando las autoridades no confirmaban. Tenía que haber un parte de la Fiscalía. Como ellos estaban infiltrados pues se apoyaban.

Tomar medidas de precaución.

La sociedad lo necesitaba. Nos alejamos del sensacionalismo del lenguaje y de la gráfica. En 2007, 87; 2011, 900, etc.

La sociedad fue interiorizando violencia y temor. 2011-12 ya no salía o se fueron de la ciudad. Ola de delincuencia común. En 2010-11 completamente envueltos. 10: balaceras en bares.

2011. Balacera fuera del estadio. Alto impacto que no sorprendió. Te abona el temor pero ya no te sorprende.

Episodios cotidianos de violencia no les dábamos prominencia. Era hacerle juego a los criminales. Ellos querían que se supiera la saña. No queríamos ser voceros. Pensar y racionalizar cómo hacerle y cuál era nuestro papel.

A principios de 2013. Cinco trabajadores secuestrados y tres balaceras. Le dimos mucha visibilidad aprovechando la llegada de EPN. Nos apalancamos en medios nacionales e internacionales. El nuevo gobierno se puso las pilas. Gral. Moisés García Ochoa. Armaron una serie de operativos. Detuvieron la célula. Hacía falta un mensaje de contundencia.

Vino un reacómodo y los Zetas quedaron desmantelados. En Torreón mucho más gradual.

Allende. Nunca nos enteramos. A mi me dijo un veterinario que trabajaba en ranchos de esa zona. Dos años y medio. Mataron como 300 personas. A finales de 2013.

En La Laguna estábamos inmersos en nuestra propia ola. En 2011 un homicidio de un empresario de Lala. Nos clavamos en eso.

En PN se supo pero no se publicó.

Mendoza, Ricardo 01 23 17

Ojalá te sirvan de algo los textos. Sabes que durante algún tiempo no supe cómo abordar el tema de la violencia contra la redacción y encontré ese trabajo adecuado, usando la odiosa primera persona para tratar de no victimizarnos y sobre todo con la responsabilidad del saber y contar.

En estos años tenemos documentadas unas 30 situaciones de riesgo en VANGUARDIA, la mayoría SIN estar ligadas al oficio periodístico... nada distinto a lo que le ha ocurrido a la mayoría de los medios en esta zona.

La segunda parte de ese tema es la que te comentábamos está en el tintero con respecto al narcoperiodismo —incluso involuntario—. Me parece que en el caso de nuestra redacción quedó ligada a dos momentos muy importantes en este trágico pasaje: Con esa llamada de “El Guacho”, en la que anuncia la guerra frontal tras ser traicionados el día que Humberto Moreira asume el PRI nacional, y luego cuando ejecutan a su hijo y nos concede la primera entrevista que da a medio alguno tras la muerte de Lazca y ahí termina el primer reinado de Los Zetas. No significa que el grupo esté terminado, pero sí una primera generación.

Sobre el Zapatismo, créeme que para mí fue verdaderamente sorprendente encontrar algunos datos también.

Sigo a tus órdenes para lo que necesites.

Faltó algo importante: me pedía Armando que se te habilitaran la entrada al sistema digital de archivos para tus consultas. Creo eso debe hacerse conexión vía VPN y con las respectivas claves de acceso. No sé si necesariamente tenga que habilitarse el equipo físicamente o pueda ser remoto. Lo consulto y te aviso.

Por favor dime si necesitas algo para hacerlo llegar.

Ricardo Mendoza 11 09 17

¿Puedo usar el texto que me enviaste?

Lo que hicieron porque estaban amenazados. Les avisaban en tiempo real lo que estaba pasando. Los subían en redes. Y traen los videos en grupos de What Up.

Nadie dimensionaba lo que estaba pasando. Era imposible. Hechos cotidianos. Información fragmentada. No había una visión completa. Decían: están quitando ranchos. Se van al despoblado. Se adueñan de los ranchos.

Subían el pequeño video. Dicen que atacan y queman. Eran rumores. En redes sociales. Tenían miedo. Todo el tiempo se mezcló con fantasías.

Le dan entrada a los corresponsales de El País. La Fiscalía.

¿Cuándo dimensionaron? Cuando llegó la atención internacional.

Cuándo detienen al Guacho ¿? Dejaron pasar un tiempo. Adentro del periódico había gente que trabajaban para ellos y que les llevaban advertencias. Hacia mediados del 2011. Ya no hubo llamadas directas.

Empezamos a publicar con mucho cuidado.

De repente llegaba un reportero o fotógrafo que decían que los habían detenido y encajuelado y se lo habían llevado a Monterrey. Dudaban de alguien. En algunas ocasiones eran mentiras; el periodista se ponía ebria.

Hacia mediados del 2012 más relajados. Empezaron a soltarse en las publicaciones. Luego viene el fotógrafo de sociales. Meten reversa.

Hasta finales de 2013 y 2014.

Hablamos al Mecanismo de Gobernación. No respondían. Fue una vacilada. Kwoani. La amenazan con el gobierno del estado. Sí, pónganse de acuerdo con el Comandante Tobías; era uno de los operadores del fiscal Torres Charles.

Gobernación lo que hizo. Denunciaron y en unos cuántos días. Van a Monterrey a tomar las declaraciones. Pasan seis meses para volver a tener noticias de ellos. Le hablan a Kwoani para decirle que ya tenían el botón de pánico. Eso fue todo.

Correo del 11-11-17

Febrero de 2014... “El Manantial masacrado”, en Vice, Diego Enrique Osorno. Pero también andaba gente de España... ese es uno de los reclamos fuertes de activistas, porque

Coahuila dejó entrar a periodistas a los lugares sin vigilar los protocolos, sin que si quiera ellos fueran avisados.

Antes de eso hay cantidad de publicaciones y rumores sobre matanzas en la zona norte de Coahuila y los Cinco Manantiales, pero NO ERAN distintos a lo que ocurría en todo el norte de México, eran relatos similares.

Luego de esta publicación y lo que se hace en España, es cuando se dimensiona realmente la masacre.

Es decir, 70 y tantos en San Fernando; 13 aquí, 20 allá... pero no de 300 y 150 en Allende y PN.

Ocurrió exactamente lo mismo que cuando prácticamente TODOS los medios en México publicamos entre 2011 y 2012 la red de protección a Los Zetas en Coahuila... si checas, todos publicamos ese trascendido de lo que pagaban a cada policía municipal, estatal, federal y a los militares. Cuánto a los comandantes y hasta al General de División.

En esa publicaciones pues era simplemente descubrir la red de protección en Coahuila, como en cualquier otro estado del norte de México. Claro que es con el tiempo, cuando matan al hijo de Humberto y cae El Lazca que todo se redimensiona: No es lo mismo la red de protección a los jefes de cada plaza, que a los líderes supremos del cártel.

Todos los medios publicamos: y ese documento existe por las declaraciones de Pedro Toga Lara, El Guacho...

Por eso es que los episodios que sufrimos en Vanguardia con él cobran toda la relevancia. Por eso es que la llamada en que Guacho me dice que en ese momento desatan una guerra que SÓLO ELLOS decidirán poner final, pues es muy importante, creo. Él hablaba de la guerra a nivel nacional, que habían sido traicionados a nivel nacional, no local.

El día que Los Zetas soltaron sus demonios

Ricardo Mendoza. Director Editorial. Mayo 2008 a septiembre 2017.

“Ahora sí se los va a llevar la chingada, esto nadie lo va a parar. Estos cabrones nos traicionaron y ora todos se van a morir. Querían guerra, pos a darle y ustedes van por delante... le dije que no publicara nada de nosotros”. Es el sábado 5 de marzo de 2011 en Saltillo y la voz de Pedro Toga Lara, “Comandante Guacho”. El “santuario” desde donde el

Cártel de Los Zetas bañó de sangre al País había sido violado en Coahuila por grupos élites de la Marina Armada, la DEA, el FBI y el Departamento de Estado de Estados Unidos.

Acorralados por esa cacería desatada el 15 de febrero de 2011 pues Los Zetas ejecutaron a un agente antidrogas estadounidense en San Luis Potosí, ese mediodía sabatino el capo daba advertencia de su sangrienta ofensiva.

Pudimos entenderlo sólo año y medio después: “Guacho” era lugarteniente en Saltillo de Heriberto Lazcano Lazcano, “El Lazca”, máximo líder de Los Zetas en el País, encargado de controlar el último refugio del narco mayor en México, y enfurecido al ser traicionados por el cinturón de protección policiaca y militar, desataba los demonios que a partir de ese momento sumirían al Noreste mexicano en la barbarie –como tres años después reconocería el presidente Enrique Peña Nieto--.

Del otro lado de la línea no hay palabras. Armando Castilla Galindo, CEO de la empresa, sólo observa, pues el altavoz se abre un par de minutos después.

Cuando mudos por el miedo escuchábamos a “Guacho”, no teníamos forma de medir la magnitud de su sentencia, pues con la “traición” de quienes los protegían se desató una persecución a salto de mata contra “El Lazca” hasta el 7 de octubre del 2012. En el transcurso de esos 19 meses los sicarios zetas dejaron algo en claro a todo el mundo: El infierno era por sus manos.

Tras desencadenar el averno, “Guacho” fue detenido en Saltillo el 12 de marzo del 2011, apenas una semana después de esa llamada recibida en las instalaciones de VANGUARDIA; se volvió testigo protegido de la Procuraduría General de la República (PGR) y así cumplió la advertencia hecha vía telefónica, aunque con algo no programado: Delató a todos a quienes sobornaban para mantener el santuario en Coahuila para “El Lazca”. Involucró en esa red desde un General del Ejército y otros altos mandos militares hasta a la Subdelegada de la PGR y una gran cantidad de agentes federales, estatales y municipales.

Para nosotros esta historia empezaría a cobrar sentido año y medio después; hasta entonces fueron hechos aislados.

2011

- + 15 de febrero.- El líder zeta en San Luis Potosí Sergio Mora Cortés manda ejecutar al agente de Migración y la DEA **Jaime Jorge Cortés**.
- + 27 de febrero.- Capturan en Saltillo a **Mora Cortés** en un operativo binacional que tan sólo esos 12 días reportaba 650 detenidos en México y EU y el decomiso de al menos 12 millones de dólares y arsenal de todo tipo.
- + 4 de marzo.- Humberto Moreira asume el PRI; mientras toma protesta se desatan balaceras por todo Saltillo.
- + 5 de marzo.- Según “Guacho” se da la **traición en Coahuila**, amenaza a los periodistas de Saltillo y anuncia la guerra contra los traidores en todo el País.
- + 12 de marzo.- PGR **detiene a Guacho**, quien delata toda la red de protección que, asegura, recibían en Coahuila de militares, agentes federales y policías y autoridades locales y estatales.
- + 16-18 de marzo.- El mayor secuestro y ejecución masivos en la historia de México. Entre **Allende y Piedras Negras**, en Coahuila, Los Zetas habrían **desaparecido a más de 450 personas** en unas horas.
- + 25 de agosto.- El peor atentado contra la población civil cuando 55 personas mueren en el ataque al **Casino Royale**, en Monterrey, a 80 kilómetros de Saltillo.
- + 10 de noviembre.- **Asesinan a Jorge Torres** McGregor, sobrino del entonces Gobernador sustituto coahuilense, Jorge Torres López.

2012

- + 19 de febrero.- La mayor masacre en la historia dentro de un penal, al ser **asesinados 44 reos en Apodaca**, Nuevo León, durante la fuga de 37.
- + 13 de mayo.- La mayor carnicería al abandonar **49 cuerpos descuartizados en Cadereyta**, Nuevo León.
- + 17 de septiembre.- La segunda mayor **fuga** histórica al escapar **131 reos del penal de Piedras Negras**.
- + 3 de octubre.- **Ejecutan** en Ciudad Acuña **al hijo de Humberto Moreira** Valdés, ex líder nacional del PRI y ex Gobernador de Coahuila.
- + Además de bloqueos, secuestros, ejecuciones y balaceras por todas las ciudades del noreste mexicano. Según investigaciones, en el penal de Piedras Negras fueron llevado muchos de los secuestrados de Allende. Ahí los habrían torturado, ejecutado y “cocinado”. Se habla de por lo menos **150 personas desaparecidas** en ese reclusorio.

LA TRAICIÓN

El 27 de febrero del 2011 dos trágicas acciones se desencadenaban en Saltillo: Grupos élites de la Marina llegan en tres helicópteros artillados para acabar con el primer círculo de protección de “El Lazca”, quien para entonces vivía entre esta capital sarapera y los municipios mineros de Coahuila. Por otra parte los sicarios respondían con una carnicería principalmente en el noreste de México como no ocurría desde la Revolución, asesinando a narcos rivales, a policías soplones y atentando como nunca contra la población civil con masacres, crímenes y violaciones sin freno.

Nos traicionaron, nos pusieron cola, nos pusieron “dedo” y ellos (grupos élites) nos están cazando, pero esto no se va a quedar así, los vamos a matar a todos. Ellos comenzaron una guerra y nosotros decidimos cuándo va a terminar; sólo nosotros podemos pararla, nadie más que nosotros puede parar esto.

Esa advertencia aún retumba en los oídos.

¿De qué hablaba “Guacho”? Seis días antes de esa llamada había sido detenido en un hotel de Saltillo --propiedad VANGUARDIA-- Sergio Mora Cortés, “El Toto”, líder zeta en San Luis y responsable directo de la ejecución del agente estadounidense Jaime Jorge Zapata, desatando un operativo binacional mediante el que tan sólo en dos semanas habían sido capturadas más de 650 personas ligadas a las operaciones de Los Zetas en México y Estados Unidos, y decomisado más de 12 millones de dólares y diversos arsenales.

Despertar al horror

La mañana del 4 de marzo del 2011 Saltillo fue un caos: Tres enfrentamientos ponían de cabeza con saldo oficial de siete muertos, entre ellos una mujer civil. Muchos más perdieron la vida esa jornada, de acuerdo a versiones policiacas extraoficiales. Todo era confusión y miedo en la ciudad.

Ese día los coahuilenses se habían preparado para la llegada del exgobernador Humberto Moreira Valdés a la presidencia nacional del Partido Revolucionario Institucional. Un político local alcanzaba lo más alto del partido tricolor.

Sin embargo mientras Humberto rendía protesta como nuevo jefe de los priistas de la nación, el terror se apoderó de estas calles: Balaceras entre policías y sicarios se daban en tres tiempos, donde hubo pistolas, “cuernos de chivo” y hasta lanzagranadas.

Hasta entonces los saltillenses sólo escuchaban las historias de terror de ciudades tamaulipecas y en Monterrey; todo era dolorosamente lejano.

Aún no se registraban ataques masivos contra la población, tal como ocurría en muchas otras ciudades, aunque sí se habían registrado levantones a reporteros de todos los medios y era común el intento de los sicarios por controlar las líneas editoriales.

Más allá, Saltillo vivía una tensa y sospechosa calma.

Pero ese día, ese 4 de marzo, todo cambió. Las cosas no pasan... hasta el día que pasan.

Al final de la jornada la histeria colectiva atravesó verticalmente todo; el entonces gobernador Jorge Torres López (sustituto de Humberto Moreira) citó a rueda de prensa por la noche en Palacio de Gobierno. Tuvimos un problema en la redacción, pues poniendo a resguardo su integridad, los pocos reporteros de guardia se negaron a asistir a la conferencia.

Las cosas muy claras: *No voy, y si por eso me van a correr (despedir), pues adelante*, dijo uno de ellos. Cámara en mano y acompañado por Kowanin Silva, Jefa de Información, con la grabadora, se pudo dar cobertura al evento.

Con la llegada de las fuerzas federales en las ciudades se afectan las estructuras de los delincuentes. El día de hoy en nuestra ciudad fuimos testigos de esos esfuerzos y acontecimientos contra el crimen organizado, dijo un Mandatario Estatal con ojos desorbitados, cabello revuelto, desaliñado.

A la sociedad, le quiero decir que tenemos la misma determinación (de la Federación) de cerrar filas contra la delincuencia organizada para que cada coahuilense recupere la paz.

RENUNCIA.- Al día siguiente, sábado 5 de marzo del 2011, al filo del mediodía la idea era presentar la renuncia en VANGUARDIA. Tras varias semanas de intensas discusiones con la directiva, con la experiencia de la noche anterior había decidido dejar el lugar pues como equipo desacordábamos sobre la política a seguir ante la exigencia del grupo criminal de no publicar más lo relacionado con su gente.

El antecedente inmediato a lo que vivíamos esas horas era que un día después de la captura de “El Toto” (27 de febrero), “Guacho” levantó a un editor de VANGUARDIA y exigió el silencio. Él nos hablaría cuando algo no debiera publicarse; no acatar significaría la muerte con nombre y apellido. Era una amenaza directa incluyendo a nuestras familias, no colectiva a la redacción.

Los siguientes días fueron de intensos debates, nadie estaba de acuerdo con acceder a la amenaza. Sin embargo eran momentos de mirar el vaso medio lleno; lo primordial era el seguir siendo y ya habría tiempo para pensar en soluciones mejores más adelante.

En los enfrentamientos del 4 de marzo “Guacho” no hizo contacto alguno y la información fue publicada, pero la angustia se apoderó del equipo y colapsó esa noche cuando nadie estuvo disponible para la cobertura con el gobernador Torres López.

Ese mediodía del sábado 5 la intención era en definitiva tener un plan de contingencia oportuno o de plano ir a casa. Justo discutía esto con Armando Castilla cuando el celular llama. Era “Guacho”.

“¿Qué pasó?, ¿en qué habíamos quedado? No la chingue... Ahora sí se los va a llevar la chingada, esto nadie lo va a parar. Primero estos cabrones nos traicionaron y ora todos se van a morir. Y luego ustedes publican eso. Querían guerra, pos a darle y ustedes van por delante cabrón... le dije que no publicara nada de nosotros”.

Apenas unos segundos, pero la sentencia fue aterradorante. Armando sólo mira fijamente, adivina la amenaza y pide poner el altavoz.

Trato de calmar a “Guacho”. Al no recibir una llamada suya se publicó la nota; le comento que nuestra clara intención es no correr riesgo alguno.

La hablo para que toda nota que sea referente a nosotros no la saque, porque va a haber problemas. Ni el Fiscal ni el Gobernador los va a poder defender. Ayer vi la rueda de prensa y todos preguntando sobre las amenazas... el Fiscal no lo va defender, entonces le pido de favor, ---ahorita todavía es de favor-- que ninguna nota respecto a nosotros salga en los periódicos, en ninguno de sus periódicos, ni en el GUARDIÁN ni en el VANGUARDIA.

No queremos que salga nada respecto a nosotros, le hablemos o no le hablemos, porque a veces no tenemos tiempo de hablar. Le hablemos o no le hablemos no debe salir nada respecto a nosotros. ¿No sé si está claro el asunto?

“Como el agua”, le digo.

Todo, todo, ataques, lo que haya aquí, como le digo toda nota que nosotros queremos que salga yo le voy a hablar ya sea a usted o al otro muchacho (un editor de VANGUARDIA). Y si no le hablo y sale algo relevante respecto a nosotros no lo debe tocar, no lo debe publicar.

Entonces yo creo ya nos entendimos, entonces nada se publica respecto a nosotros, nada de balaceras, nada. El Fiscal habló que Los Zetas aquí en Saltillo y que la chingada, pinchi... entonces nada, nada más se publica, nada.

Y entonces me quise zafar para no volver a recibir sus llamadas ¡empinando a mi compañero editor!: “Y nos queda claro señor... pero el único canal de comunicación es él (mi compañero) ¿Ya tiene su radio, verdad? Háblele a él, sólo él es el contacto”.

(Si) Tengo su número de teléfono y yo me comunico con él para cualquier cosa... pero pues ya le estoy diciendo a usted.

“Ingas”... no funcionó.

Nada se debe de publicar, porque esto va a seguir, no ha terminado. Esto va a seguir, sí, no ha terminado; entonces nada de lo que pase, nada se debe de publicar.

Entonces “embarro” a todos los periodistas de la ciudad: “Si lee, nosotros nunca mencionamos la palabra (Los Zetas) porque no queremos involucrarnos ¿Por qué sólo les interesa callar a VANGUARDIA si todos los demás medios también publican?”.

No he tenido tiempo de hablarle a los otros... pero ahorita tengo tiempo y voy a hablarle a los otros periódicos también para que les quede claro que no deben sacar nada respecto a nosotros, ni crimen organizado, ni balaceras ni zetas ni nada.

Entonces no nadamás es con usted, es con todos, pero no he tenido tiempo de hablarle a los demás, pero ahorita ya me estoy dando un tiempesito y le aseguro que van a ser todos, no nomás usted. Yo le voy a hablar a los otros y deben alinearse... y si no, pues van a tener sus consecuencias.

Lo bueno es que nadie escucho eso --pienso aliviado al escuchar mi torpe reacción--.

No contento, insisto con las imprudencias: “Y a todo esto, digo, si se puede saber... ¿Qué pasó ayer?”.

Si, pues nosotros no nos metemos con gente que no se mete con nosotros... ayer emboscaron a mi racita, mi gente, nos emboscaron, nos agarraron a traición, ese fue el vaso que derramó la gota... la gota que derramó el vaso de agua, y entonces ahorita empezaron una guerra y nosotros la vamos a terminar cuando nosotros queramos terminarla.

“Entendido y anotado”.

Ok, le agradezco su atención y le aseguro que usted no va a tener problemas de nada. Yo creo que a veces es preferible inventarle algo a la gente que compra su periódico a que haya otras consecuencias. Como le digo, yo le voy a hablar a otros periódicos y si no entienden el mensaje, pues los vamos a hacer entender de otra forma.

Corto la comunicación y no hay palabras en unos 15 largísimos segundos con Armando. Con voz baja y preocupada, él dice: *No, pues yo creo que mejor ya no publicamos nada por el momento ¿verdad?*

Entonces recuerdo una frase que me dijo “Guacho” en su primera llamada: *El que habla, no traiciona, y el que no traiciona no se muere... y usted está hablando. No se preocupe ya.*

Decidir no publicar era la única opción en el momento; seguramente volvería a tomar esa decisión sin importar otras opiniones. Ser responsable de la integridad de todo un equipo además de la propia no tiene precio. En ese aspecto no hay sueños heroicos, no hay conflicto ni duda alguna.

Fue un monumental alivio no dar a conocer el contenido de la llamada; el ego habría quedado por los suelos, pues mi reacción estuvo muy alejada del temple, seguridad, dominio y otras tantas características por las que muchos desean ser recordados.

RECHAZO TOTAL.- Tras evitar las publicaciones no pocos lectores fueron implacables: mejor deberíamos dedicarnos a vender tortas o tacos si no estábamos dispuestos a arriesgarnos.

Tenemos, como muchos periódicos, un Consejo Ciudadano cada 15 días para monitorear el desempeño. Días después, en la mesa uno de esos consejeros increpaba sin delicadeza:

No puede ser esto, es una vergüenza (que la línea editorial esté secuestrada). Si a mí me pidieran participar en una marcha contra la delincuencia, iría aunque nos dijeran que pueden disparar contra la multitud.

Sr. --alguien lo interrumpe-- pero si esos mismos sicarios se comunicaran con usted y le dijeran que están afuera de su casa y al momento de salir a la marcha lo van a acribillar y luego entrarán a matar a toda su familia ¿Usted saldría?

El inconforme sólo se encogió de hombros y quedó callado. La reunión siguió amenamente incómoda con otros temas.

LARGA NOCHE.- La noche del 4 de marzo del 2011, el gobernador Jorge Torres López apareció sumamente agotado, cansado... ¡y lo más negro de su noche apenas llegaría!

Tras la traición de los protectores zetas en Coahuila, las principales ciudades del estado sufrieron incontables momentos de angustia y muerte. Torreón principalmente, un punto estratégico para el tráfico de drogas y uno de los bastiones del Cártel de Juárez, pues tras la desaparición de Amado Fuentes Carrillo, “El Señor de los Cielos”, su hermano Vicente, “El Viceroy”, quedó al frente de la organización y en las últimas dos décadas mantuvo en La Laguna un gran centro de operaciones.

Así, la defensa de la plaza por parte de Vicente contra Los Zetas y El Cártel del Golfo convirtió esa zona en una verdadera carnicería. Las principales matanzas en bares en México comenzaron ahí, al igual los fusilamientos masivos de adictos en los centros de rehabilitación laguneros. Finalmente Carrillo Fuentes fue aprehendido el 9 de octubre del 2014 en Torreón.

Torres López fue el blanco de la furia de los capos al caer su santuario y apenas unos días antes de dejar el cargo como Gobernador interino, la noche del 10 de noviembre del 2011, su sobrino Jorge Torres Mc Gregor, de 21 años, fue acribillado en Saltillo.

Viajaba a bordo de una camioneta pick up cuando fue interceptado en la calle Tezcatlipoca y bulevar Luis Donald Colosio, al norte de la Ciudad, por un auto compacto donde viajaban personas armadas. Fue asesinado a quemarropa de más de 40 balazos.

El joven viajaba solo en un vehículo propiedad del Servicio de Administración Tributaria de Coahuila (SATEC) que su padre –hermano del Gobernador-- tenía asignado por ser funcionario de esa dependencia. Según los investigadores al parecer el móvil había sido “una confusión”. A la fecha ninguna autoridad ha aclarado la ejecución. Tan olvidado está el caso por las autoridades que Gabriela Mac Gregor, madre del joven, rompió el silencio apenas el pasado 10 de noviembre del 2015.

Con un video colgado en su cuenta de Facebook, Gabriela hace un reclamo por justicia y exige que no se deje en el olvido el caso. Señala que luego de esos cuatro años ni siquiera había sido recibida por el gobernador Rubén Moreira para una explicación. Pide el apoyo

de todos los ciudadanos para no dejar en el olvido ni este ni ningún otro crimen en Coahuila.

Por su parte, el mandatario interino tras dejar la Gubernatura en manos de Rubén Moreira Valdez el 1 de diciembre del 2011, fue acusado junto con Javier Villarreal Hernández de lavar dinero en Estados Unidos, donde se le sigue un proceso y actualmente es un prófugo. Las autoridades norteamericanas le incautaron casi 3 millones de dólares de cuentas en Las Bermudas.

Su principal coacusado, Villarreal Hernández, jefe del SATEC, es señalado además por falsificar documentos para obtener un crédito por 3 mil millones de pesos a nombre del Estado, precisamente desde la dependencia donde trabajaba el hermano del gobernador.

EL SANTUARIO.- Cuando “Guacho” declaró ante la PGR sobre el círculo de protección en el santuario en Coahuila para Los Zetas fue contundente:

"A las 'Tres Letras', que son los agentes federales de investigación (AFI), se les paga 13 mil pesos mensuales a la tropa, al segundo de la plaza por parte de ellos se le da 50 mil pesos mensuales y al Primer Comandante de Saltillo se le dan 100 mil pesos, quien en ocasiones va por la paga o manda al segundo de la plaza..."

... "Y a la subdelegada de la PGR en Saltillo se le pagan 100 mil pesos mensuales y a cinco Ministerios Públicos Federales que están con ella se les da 50 mil pesos", declaró.

Todos estos detalles están publicados por infinidad de medios de comunicación y pueden consultarse fácilmente en web.

De ahí se derivó una cadena de aprehensiones. Meses más tarde se argumentaría que tanto “Guacho” como otros de los involucrados fueron torturados para dar estas declaraciones; incluso hay señalamientos de un plan orquestado para arruinar políticamente al entonces nuevo líder nacional del PRI, Humberto Moreira Valdés, a quien el 3 de octubre del 2012 le mataron a su hijo José Eduardo en Ciudad Acuña como venganza por la muerte unas horas antes de un sobrino del segundo al mando de Los Zetas, Miguel Ángel Treviño Morales, “Z-40”, en Piedras Negras. Fue la “Ley del Talión”: Ojo por ojo... sobrino por sobrino, advirtió un cartelón dejado en el cadáver, según dicen.

Esto último sería el colofón a la cacería desatada desde Washington el 15 de febrero del 2011 tras la muerte en San Luis Potosí del agente estadounidense Zapata. “El Lazca” manda asesinar al hijo de Moreira y cuatro días después él es acribillado por elementos militares en un campo de béisbol llanero en la pequeña y desolada comunidad llamada Progreso, en la zona minera de Coahuila.

¿Cómo los cárteles en México se hicieron de un ejército de sicarios en tan poco tiempo para poner de cabeza a un país?

Millones de jóvenes en la pobreza integraban tribus urbanas por todo el País; muchos dedicados a la delincuencia común, armados con cuchillos, navajas, etcétera, pues las armas de fuego no estaban a su alcance, pero a partir del 2009 llegó desde Estados Unidos el operativo “Rápido y Furioso”, justo cuando los cárteles reclutaban delincuentes de las calles y muchos de estos pandilleros terminaron en sus filas.

Las más de 2 mil 500 armas ingresadas clandestinamente a México en este operativo estadounidense fueron a parar a manos de muchos de estos sicarios. Paradójicamente la muerte del agente Zapata detonó el escándalo internacional, pues fue con armas introducidas en “Rápido y Furioso”.

Los demonios zetas anunciados por “Guacho” ese sábado al mediodía trajeron la muerte al País. Tan sólo en Coahuila, donde el “santuario” de Los Zetas fue reventado, se incrementaron 64 por ciento los asesinatos ese 2011, al pasar de 449 en el 2010 a 730. Ni hablar del 2012, cuando los homicidios llegaron a ser 150 por ciento más al llegar a 1,160 casos. Hasta ahí la historia de “El Lazca”, pues fue acribillado ese 2012.

Sin embargo “Z-40” continuó al frente aunque con menor presencia en Coahuila y eso se refleja en las estadísticas oficiales del INEGI, con un freno al incremento en los homicidios al bajar a 800 en 2013. Ya con “Z-40” tras las rejas en 2014 los crímenes en Coahuila regresaron al nivel antes de los demonios zetas, pues caen hasta 440.

Tenía mucha razón “Guacho” en su llamada del 5 de marzo del 2011: Muchos de quienes los traicionaron, murieron esos meses.

Los homicidios en Coahuila

2010	449
2011	730
2012	1160
2013	800
2014	440

Fuente: Inegi

Mendoza Ricardo Linea tiempo 02 08 19

MUCHÍSIMAS GRACIAS, Sergio.

No sabes cuánto agradezco, pues creí perdido este material.

Sabes... no dejó de pensar en la línea de tiempo, y que pareciera que al igual que después de la muerte de Camarena, en esta segunda etapa fue la ejecución de otro agente de la DEA, Zapata, fue lo antecedió el horror en México, las masacres.

Este 15 de Febrero son ocho años ya...

Y Jorge Torres era el Gober en Coah, a él le explotó todo y ahorita justo eso hace eco.

2011

+ 15 de febrero.- El líder zeta en San Luis Potosí Sergio Mora Cortés manda ejecutar al agente de Migración y la DEA **Jaime Jorge Cortés**.

+ 27 de febrero.- Capturan en Saltillo a **Mora Cortés** en un operativo binacional que tan sólo esos 12 días reportaba 650 detenidos en México y EU y el decomiso de al menos 12 millones de dólares y arsenal de todo tipo.

+ 4 de marzo.- Humberto Moreira asume el PRI; mientras toma protesta se desatan balaceras por todo Saltillo.

+ 5 de marzo.- Según “Guacho” se da la **traición en Coahuila**, amenaza a los periodistas de Saltillo y anuncia la guerra contra los traidores en todo el País.

+ 12 de marzo.- PGR **detiene a Guacho**, quien delata toda la red de protección que, asegura, recibían en Coahuila de militares, agentes federales y policías y autoridades locales y estatales.

- + 16-18 de marzo.- El mayor secuestro y ejecución masivos en la historia de México. Entre **Allende y Piedras Negras**, en Coahuila, Los Zetas habrían **desaparecido a más de 450 personas** en unas horas.
- + 25 de agosto.- El peor atentado contra la población civil cuando 55 personas mueren en el ataque al **Casino Royale**, en Monterrey, a 80 kilómetros de Saltillo.
- + 10 de noviembre.- **Asesinan a Jorge Torres** McGregor, sobrino del entonces Gobernador sustituto coahuilense, Jorge Torres López.

2012

- + 19 de febrero.- La mayor masacre en la historia dentro de un penal, al ser **asesinados 44 reos en Apodaca**, Nuevo León, durante la fuga de 37.
- + 13 de mayo.- La mayor carnicería al abandonar **49 cuerpos descuartizados en Cadereyta**, Nuevo León.
- + 17 de septiembre.- La segunda mayor **fuga** histórica al escapar **131 reos del penal de Piedras Negras**.
- + 3 de octubre.- **Ejecutan** en Ciudad Acuña **al hijo de Humberto Moreira** Valdés, ex líder nacional del PRI y ex Gobernador de Coahuila.
- + Además de bloqueos, secuestros, ejecuciones y balaceras por todas las ciudades del noreste mexicano. Según investigaciones, en el penal de Piedras Negras fueron llevado muchos de los secuestrados de Allende. Ahí los habrían torturado, ejecutado y “cocinado”. Se habla de por lo menos **150 personas desaparecidas** en ese reclusorio.

Sandra Silva, ex reportera que cubrió la fuente policiaca.

Noticias El Sol de La Laguna

La I

El Siglo de Torreón

Corresponsal de Zócalo de Saltillo

Trabajó también en el área de comunicación de la policía de Gómez Palacio.

Sandra asegura que era una de las pocas reporteras y reporteros que cubrían los dos estados. Cuenta que los mismos contactos ordenaban la línea que se tenía que tomar periodísticamente.

Explica que los Zetas, en Torreón, por medio de “contactos” infiltrados de la prensa, daban la línea los reporteros.

Refiere que en las líneas que se tenían que seguir estaba: no decir dónde fue una detención de un narcomenudista, no decir delincuentes sino sujetos armados, ellos no huían del lugar,

sino se retiraban del lugar después de cometer el ilícito. Censuraban eventos, decían que iba en primera plana y a la mitad de la edición decían que siempre no, que en interiores.

“Los mismos compañeros te decían, acaban de avisar que la nota siempre no va a así. Avisaban cómo querían que fuera el manejo de información”, recuerda.

También omitía el tipo de vehículo porque por las características sabías de qué grupo se trataba: “las Cherokees o Tsurus eran gente de Gómez. Las Rams, lobos, Jettas, eran de Torreón, los Zetas. Vas conociendo el actuar. Te dabas cuenta cuando la información no cuadraba. Sabías que no era cierto”, agrega.

Dice que en Gómez Palacio eran más agresivos y el descaro era tal, que en la fiscalía de Lerdo te cerraban el paso, te agarraban y te cuestionaban por qué iba a sacar tal información o por qué andaba preguntando tal cosa. “No queremos que salga”, ordenaban.

“Un compañero una vez les dijo ‘pues habla al periódico, y no, a mí no me importa, yo voy sobre de ti’. En Gómez era algo ‘tradicionalista’, vestían mezclilla, camisetas cuadradas, anillos. En Torreón eran cholos que se sienten poderosos porque traían sus pistolas”, comenta Sandra.

Sandra menciona que en ocasiones entraba el sentido de la negociación y hasta terminaban despidiéndose de mano en la fiscalía. Dice que llegaba al periódico, hablaba con los jefes y contaba la situación. “Se tiene que manejar la información así, o no se va a manejar. ‘Por qué no’, preguntaban, pues porque nos están diciendo”.

Recuerda que de los primeros hechos de impacto que tocó cubrir fue el asesinato de dos muchachos en una camioneta Xtrail. Dijo que se empezaron a ver los conflictos porque discutían si había quedado del lado de Gómez o de Torreón.

“Empiezas a escuchar comentarios que era fulano o sutano. Los policías conocían a los muertos, si los conoces por qué los conoces. Los ministeriales decían ‘es fulanito, ah sí, de seguro fueron aquellos’. Eso te sacaba de onda”, comenta.

También hace memoria del día en que fue encontrado en la cuarta etapa de la zona industrial, el cuerpo de Sabino Burciaga. Lo hallaron descuartizado, desnudo y con una zeta con clavos en la frente. Ese mismo día fue el ataque a Carlos Herrera.

Rechazo de “dádivas” de los zetas.

Sandra Silva refiere que había compañeros que decían cómo se tenía que manejar la información, y eran compañeros que recibían “dádivas” de los grupos delictivos.

Cuenta que a ella, en tres ocasiones le ofrecieron entrar a la nómina de los Zetas. Primero un compañero de prensa se lo ofreció. La segunda fue por parte de un perito de vialidad de Torreón y la tercera durante un percance vial que fue a cubrir. En esa ocasión, a ella y a un compañero, unas personas que se acercaron les empezaron a cuestionar “por qué no quieren entrar a la nómina”.

“Nos fuimos a la Cruz Roja y llegaron esas personas. Mi compañero y yo nos tuvimos que esconder en el baño de socorrismo, ahí andaban”, recuerda.

Sandra dice que los reporteros que estaban en la nómina empezaron ganando 8 mil pesos al mes y terminaron ganando 12 mil, mientras que algunos fotógrafos ganaban 8 mil pesos.

Pese que afirma no estaba en la nómina, dice que se cuidaba y obedecía las “líneas”.

Sandra vivía en Torreón, casi en los límites con el municipio de Matamoros y le cuidaban a su hija en la colonia Polvorera, en el poniente de Torreón. Y en una ocasión, en la Dirección Estatal de Investigaciones (DEI) en Gómez Palacio, un agente ministerial de la corporación le dijo:

“Pues tú qué te piensas. Vives allá con los Zetas, vas y te metes con los del Poniente y vienes y estás aquí con nosotros los Cabrera”.

Sandra le dijo al agente: “¿Tú me das dinero?, no, pues ellos tampoco. Yo puedo andar donde quiera”. Sandra cree que decirles las cosas en la cara le ayudó a esquivar muchas situaciones. Sin embargo, ese tipo de comentarios le daban una idea de lo infiltradas que estaban las corporaciones.

Experiencias

Sandra Silva refiere que en una ocasión llegó junto a un compañero a la fiscalía en Lerdo y ésta estaba tomada por federales y militares. “Parecía zona de guerra, los tanques, las camionetas. Todo el estacionamiento. Le hablé al vicefiscal para preguntarle qué estaba pasando y decía que nada”, rememora.

Un elemento les dijo que se fueran porque estaba el riesgo de que fueran a ir por unas personas que estaban detenidas. Por la tarde, la ministerio público del caso salió y la atacaron. El asunto lo atrajo la PGR y Sandra avisó a su jefe, entonces de El Siglo de Torreón: “Todo lo que mande la PGR no lo vayas a meter. A PGR le encantaba sacar información, invitarte a ruedas de prensa para presentarte a los detenidos. Uno va sabiendo la línea. Les pido que no vayan a mandar a nadie. Me llegó el boletín de PGR. Hablé con mi jefe y le volví a decir que no fuera a mandar a una muchacha nueva. Le digo que puede haber problemas grandes. Pues la mandó, publicaron a los detenidos y esa noche quemaron un carro en el periódico. En la mañana me habla mi jefe para decirme lo que había pasado, que también habían balaceado las instalaciones y le dijo ‘y luego, quieres que vaya a barrer. Te dije que no sacarás esa información. Si no tomas en cuenta a tus reporteros es tu problema. Aprende a escucharlos’, le reclamé. Hubo mucho ese tipo de conflictos, siempre te preguntaban ‘y lo va a manejar Milenio’”.

Sandra recuerda que tenía muchos contactos y eso hacía que le pasaran la información de primera mano. A veces le hablaban a las 11 de la noche para informarle de un detenido, por ejemplo, pero sus contactos no querían que fuera otra persona salvo ella. Si no estaba en turno tenía que levantarse e ir.

“Era mucho nervio y temor, ya no dormía. Vivía en casa de mi mamá. Un reportero de El Siglo me dijo ‘oye te están investigando los zetas porque se les hace raro que tengas toda la información, me está preguntando’. Te cuidas. Ya estaba muy tensa. Cuando me despidieron de La I fui feliz. Amanecí sin los nudos en la espalda, me relajé completamente”, relata.

Antes de eso recuerda que dejó de usar el uniforme de La I porque eran muy llamativos, rojos o amarillos.

Comenta que cuando cubría accidentes, los mismos peritos viales decían “son de la compañía” (Zetas) y ya sabía que no tenía que sacar eso.

En los eventos policiacos que cubría, añade, era un temor latente, personas tomaban fotos a los reporteros y conocían quién había llegado, de qué medio y cuál no había acudido.

Sandra agrega que también sufrió hostigamiento de género. Cuenta el caso de un ministerial de Gómez Palacio que pese a estar casado, le insistía que tuviera algo con él, pero ella no le hacía caso. En una ocasión le dijo “piensas que como me tienes como pendejo no te puedo meter un balazo entre ceja y ceja”.

Sandra afirma que esa persona era el contacto entre el grupo delictivo y la DEI y pese que tenía un superior, era realmente esta persona la que decidía. Lo mataron meses después.

Experiencia en policía de Gómez

Su experiencia en la policía de Gómez Palacio, recuerda fue muy tensa, porque en la corporación había infiltrados de los dos bandos. El descaro era tal, que en el patio se amenazaban entre ellos mismos. “Te voy a mandar levantar con aquellos”, se decían. Sandra se daba media vuelta y se iba a su oficina.

También dice que hubo muchos casos de policías que iban a saludarla a la oficina, y por la tarde resultaba que los habían matado o que los habían atacado.

En general, comenta Sandra que fue perdiendo la capacidad de asombro, que comenzó a hacerse más dura pero que nunca dejó de impresionarle cuando las víctimas eran niños.